

Desenmascarar al tirano



Andrei Chtcherbine

Sobre el autor

Andrei Chtcherbine (Андрей Щербин) nació en 1985 en la ciudad de Yalta, Ucrania, y vivió hasta los 13 años en San Petersburgo, Rusia.

Proveniente de una familia históricamente perseguida por el estalinismo y exiliada en Uzbekistán, emigró a la Argentina en 1998 por decisión de su madre, quien temía un posible retorno del régimen comunista o que sus hijos fueran enviados a la guerra, en aquel entonces, la guerra de Chechenia.

Ya en Buenos Aires, el autor se formó como guardaparque y docente, al tiempo que comenzaba a militar como activista ambiental, social y animalista. Junto a otros compañeros y compañeras de lucha, lideró la ofensiva contra los zoológicos, logrando transformaciones históricas en estas instituciones anacrónicas. Fundó también un grupo contra la experimentación animal, dando visibilidad al oscuro mundo de los laboratorios.

Estos distintos temas están unidos por una lógica que, desde muy chico, estuvo presente en el pensamiento del autor: la lucha es una sola. Descubrir los mecanismos de la opresión, de la dominación, de las relaciones de poder, nos ayuda a romper las cadenas —tanto las propias como las que imponemos a otros.

...solo me queda agradecer a quienes me ayudaron a hacer realidad este trabajo y a toda aquella persona que lo lea.

Saben, en esta sociedad, muchos eligen vivir la vida
como si estuvieran en un cumple,
pero hay otros que prefieren hacerse cargo de sus responsabilidades,
que quieren cambiar este mundo, esos, a los que les duele cada injusticia.

Detrás de cada uno de los conceptos que criticamos,
cada faceta de la opresión sistémica que tratamos,
hay personas reales
sufriendo, siendo alienadas, invisibilizadas, siendo privadas
de poder disfrutar plenamente de sus vidas.

Por ello, el marco teórico que se expone en estas páginas es una guía y un llamado a la acción, no una búsqueda intelectual destinada a la estantería.

Prólogo

Hace casi 500 años, Étienne de la Boétie escribió su obra *Discurso sobre la servidumbre voluntaria*. A pesar de este gran aporte a la teoría libertaria y de otros tantos que tuvieron lugar ya a partir del siglo XIX, la obediencia y la servidumbre siguen siendo la base de las sociedades. En este texto intentaré explicar, desde mi perspectiva, algunos de estos mecanismos. Pasaremos por los fundamentos del Estado y el dilema de la libertad individual y colectiva, y realizaré una serie de críticas al modelo democrático y a las sociedades meritocráticas, así como al socialismo y a las propuestas de justicia social. Debo decir, como parte de esta introducción a la nueva edición, que no deja de preocuparme la pérdida de cultura y pensamiento crítico que estamos viviendo y que se acelera cada año. El avance de las tecnologías es excepcional. Tal vez las generaciones nuevas jamás lean un libro completo en toda su vida, reemplazándolo por redes sociales y resúmenes de las obras fundamentales en videos de pocos minutos. Les prevengo de la gravedad de esto, pues un extracto no es más que una conclusión elaborada por otra persona, síntesis que es arbitraria y subjetiva.

Este trabajo surge a partir de mi recorrido y análisis comparativo de varias obras. Si el lector o la lectora no está familiarizado con los conceptos expuestos, sugiero la lectura del material base, hacerlo enriquecerá su perspectiva. Se incluyen referencias a obras, hechos históricos y conceptos que no están explicados; de otro modo, el texto implicaría una extensión diferente. Sin embargo, espero que sirva para despertar su curiosidad e incentive una búsqueda personal.

El Estado de la época de Étienne de la Boétie era un Estado que llamaremos paternalista: una institución piramidal jerarquizada y rígida que recurre a la represión más severa y directa para mantener el poder, cuya naturaleza en aquel entonces era justificada con una fábula religiosa. Este Estado paternalista, justamente, viene a representar la figura paterna de la sociedad que acepta ser “educada” y dirigida en todo sentido por la autoridad.

El filósofo francés estaba sorprendido por cómo las personas se dejaban someter y se subordinaban al rey, un único señor al que le otorgaban el poder absoluto tanto para hacer el bien como para hacer el mal, entregándose completamente a su capricho.

A pesar de ello, citando a Jean Rousseau, podemos afirmar: “El más fuerte nunca lo es bastante para dominar siempre si no muda su fuerza en derecho y la obediencia en obligación.” Entonces, cuando hacemos un repaso retrospectivo sobre la mutación de esa fuerza, vemos cómo el Estado fue pasando de la forma bruta, tosca y represora a métodos más sofisticadas de control. La razón es exactamente la que señalaba Rousseau: dominar por medio de la fuerza directa a largo plazo es agotador para el Estado, termina generando mecanismos de resistencia y, en definitiva, prepara el terreno para una revolución.

Capítulo 1

El dilema de la libertad y la meritocracia

Todo ideal es inalcanzable, toda utopía, irrealizable. Aún así, nos da ese marco, enfoque, una meta, que, como decía Eduardo Galeano “nos sirve para caminar”. Sin embargo, hay que estar atentos a lo que nos pasa mientras caminamos, no vaya a ser que, a medida que avanzamos, nos transformemos en monstruos.

Quienes gobiernan, dicen que su objetivo es el bienestar de los ciudadanos. Históricamente, esta narrativa ponía énfasis en asegurar el orden, la estabilidad y la seguridad del pueblo. Hoy, como los tiempos que corren son menos turbulentos, la consigna que llega mejor al votante es la que promete solucionar los problemas económicos y dar respuesta a algunas demandas sociales. Según la ideología dominante, podemos dividir las sociedades actuales en dos grandes grupos: meritocráticas y de justicia social. Ambas prometen libertad y bienestar, aunque se aproximan a la idea de la libertad desde diferentes ángulos... pero ¿qué es la libertad?

Libertad es ir adonde queremos, comer lo que queremos, profesar la religión que queremos, pensar, escribir, hablar y juntarnos con quien queremos. Estar libres de toda opresión es libertad, ¿acaso es eso toda la libertad? Si no podemos desarrollar todo nuestro potencial, si no tenemos acceso a la educación, si no tenemos los medios para comprar comida, libros, computadoras, o simplemente no tenemos tiempo, eso limita nuestra libertad, cercena nuestro desarrollo intelectual, físico y espiritual.

Se trata de dos conceptos acerca de la libertad conocidos como “libertad positiva” (la que me permite desarrollar mi potencial interior) y “libertad

negativa” (la que me permite utilizar y disfrutar de ese potencial). Naturalmente, imaginamos lo lógico: que las dos libertades van de la mano y son importantes. Sin embargo, hay una disociación muy grande entre ambas debido a la narrativa hegemónica, que varía según el tipo de gobierno y sistema en el que nos encontremos.

Cuando nos adentramos en la política global del siglo pasado, vemos una lucha permanente entre dos sistemas antagónicos: el modelo del sueño americano, basado en la meritocracia, y el socialista, fundado en la justicia social. El capitalista apuesta principalmente a la libertad negativa: “si se quiere, se puede”. De este modo, atribuye al individuo la responsabilidad del éxito o del fracaso. El socialista apunta a establecer condiciones de igualdad de base para permitir el desarrollo de cada uno de los ciudadanos: libertad positiva. El primero es un modelo individualista; el otro, colectivista. Cabe preguntarse entonces ¿por qué estos dos modelos resultan antagónicos si ambas libertades son importantes? Ambos buscan el bien común, pero cada uno tiene su lado oscuro.

La idea de elegir de acuerdo con el mérito individual y no por ciertos derechos de nacimiento o posición social, tal como propone la meritocracia, es muy noble; normalmente no se puede argumentar en su contra. Nombrar generales de un ejército porque son hijos de altos mandos o elegir diputados porque tienen plata a todos nos parece mal, en las sociedades occidentales al menos. Es obvio que a nadie le gusta que los dirigentes sean puestos por ser “amigos de ...” o “hijos de ...”. Pretendemos que ocupen esos cargos por sus capacidades y que sean seleccionados de la manera más justa y transparente. A todos nos parece bien que una persona que trabaja más sea mejor remunerada que la que trabaja menos. Esto, sin embargo, no resume la meritocracia. Lo que acabamos de describir, siguiendo las definiciones sobre las diferentes libertades, es únicamente meritocracia negativa. Ahora bien, ¿cómo llegan las personas a adquirir lo necesario para competir en esas selecciones justas? Si en un país solo hay un 1% de personas que saben leer y escribir y yo voy a seleccionar un presidente, obviamente elegiré entre ese 1%. Para quienes forman parte de ese porcentaje de la población, la selección será justa y transparente, pero ¿qué pasa con todo el resto?

La meritocracia (negativa) por sí sola no puede dar respuesta a todas las injusticias y en su estado puro, apostando solamente a la libertad negativa, profundiza las desigualdades existentes en la sociedad. Es individualista. Por ello, encaja muy bien en el modelo capitalista de producción así como en una sociedad jerarquizada, escalonada, dividida en distintos elementos de autoridad, porque la jerarquía se explica con el mérito. Si la meritocracia

supone que todas las personas obtienen una recompensa equivalente a su mérito o esfuerzo, entonces quienes tienen mucho se han esforzado mucho para tenerlo y quienes tienen poco, pues, no se han esforzado lo suficiente. Sin embargo, no hay ningún mérito en la suerte: el sistema privilegia a quien nace rico. En definitiva, se trata solo de otra forma de mantener el *statu quo*.

La justicia social, a pesar de ser la contracara del modelo capitalista, a todas luces deficiente en lo humano, tiene problemas muy profundos cuando se intenta implementar en estado puro. El sistema socialista, al enfocarse casi exclusivamente en la reparación histórica de grupos oprimidos (la clase trabajadora, gran ejemplo) y tratar de nivelar la sociedad en relación con los ingresos, la salud, la educación y los servicios, suele dejar de lado los incentivos al crecimiento individual, que es percibido hasta con recelo. Como el Estado tiende a volverse más rígido para garantizar la equidad, se encuentra con otro gran problema: el creciente descontento interno, incentivado por los intereses de los mercados que consideran injustas estas nivelaciones. Frente a esta amenaza, el aparato estatal se ve obligado a limitar cada vez más las libertades individuales porque necesita evitar la sublevación. Se estatiza todo, se prohíbe la crítica y el contacto con el exterior, etc. De otro modo, el proyecto se cae, las instituciones democráticas, las elecciones libres, el libre mercado, todo facilita el ingreso de ideas y prácticas capitalistas, individualistas, meritocráticas. En resumen, el Estado limita la libertad negativa con el fin de promover la libertad positiva de la población, pero ¿puede esto funcionar? En un mundo globalizado, donde la economía está gobernada por el sistema capitalista, resulta extremadamente difícil de hacer, a la vez que implica un costo altísimo: un costo humano de la libertad negativa tan grande que pone en duda el sentido mismo del modelo.

El libre mercado es otra máxima del capitalismo: la no intervención del Estado en los mecanismos del mercado aseguraría la competencia sana entre empresas y garantizaría el bienestar económico. Sin embargo, la práctica demuestra que no existe libre mercado en una situación de desigualdades tan marcadas como las que hay entre pymes y empresas transnacionales gigantescas.

En estos planteos, aparentemente neutros y despojados de emociones, el trabajador aparece como un actor independiente, que elige para quién

quiere trabajar, a quién le vende su fuerza de trabajo. En realidad, no hay una verdadera elección de por quién nos vamos a dejar explotar, un poco mejor o un poco peor, eso no resuelve las estadísticas, mucho menos en un contexto de escasez de empleo.

El concepto de libre mercado está estrechamente relacionado con la meritocracia y opera de la misma manera, cargando toda la responsabilidad sobre el individuo. Si la persona es pobre, se trata de una elección, elige ser pobre. Y si es explotada, también, porque ¿quién le impide buscar un trabajo mejor? En un mercado cada vez más exigente, donde ni siquiera alcanza con un título superior para acceder a un empleo digno, se culpa al individuo por permitir que lo exploten en un trabajo de porquería, incluso cuando ir a la universidad, así sea pública, está reservado a una minoría. Culpable de no pertenecer a un sector intelectual, por tanto, culpable de su propia explotación.

La escuela y la universidad, en este sentido, cumplen con una función necesaria para separar a la población en sectores más y menos explotables. Incluso el mismo individuo se siente menos capaz por no haber completado los estudios y no aspira a un empleo mejor remunerado. Sabe que si no hizo la secundaria, va a tener que contentarse con un trabajo probablemente informal y mal pago, y si no tiene un estudio superior, que terminará, con suerte, en una fábrica o como personal de descarte en alguna empresa explotadora. La propia persona se encaja y se cataloga en el mercado laboral. El libre mercado opera de esta manera: cada empresa pone condiciones arbitrarias y los trabajadores debemos aceptarlo o dejarlo. Por ello, es indispensable volver a entender a la clase trabajadora como desposeída. Aunque hoy resulte mucho más difícil unificar a esta clase social, también es cierto que el discurso de la meritocracia no tiene cabida en el sector progresista que ve a través de su máscara, aunque lo termine aceptando.

¿Cuál es el mérito que buscamos? ¿Cuál es el sacrificio que estamos proponiendo? La idea de que el “trabajo” da “valor” a la persona se comparte tanto en el modelo comunista como en el capitalista. No es nada fácil escapar de este pensamiento cuando toda nuestra vida gira en torno al trabajo. Entre los pocos que históricamente se han opuesto a la idea del trabajo como dignificador, se encuentran los anarquistas. Por ejemplo, Severino di Giovanni, que decía:

“Más trabajamos, menos tiempo nos queda para dedicarlo a actividades intelectuales o ideales; menos podemos gustar la vida, sus bellezas, las satisfacciones que nos puede ofrecer; menos disfrutamos de las alegrías, los

placeres, el amor. No se puede pedir a un cuerpo cansado y consumido que se dedique al estudio, que sienta el encanto del arte: poesía, música, pintura, ni menos que tenga ojos para admirar las infinitas bellezas de la naturaleza. Un cuerpo exhausto, extenuado por el trabajo, agotado por el hambre y la tisis, no apetece más que dormir y morir. Es una torpe ironía, una befa sangrienta, el afirmar que un hombre, después de ocho o más horas de un trabajo manual, tenga todavía en sí fuerzas para divertirse, para gozar en una forma elevada, espiritual. Sólo posee, después de la abrumadora tarea, la pasividad de embrutecerse, porque para esto no necesita más que dejarse caer, arrastrar. A pesar de sus hipócritas cantores, el trabajo, en la presente sociedad, no es sino una condena y una abyección. Es una usura, un sacrificio, un suicidio.”

El mayor problema de la meritocracia y el libre mercado, dos pilares del Estado democrático liberal, radica en que sus consecuencias se arrastran generación tras generación, década tras década, solo agravando más el problema y generando más desigualdad. En resumen, “los ricos cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres”. Tanto en la meritocracia como en el libre mercado, el que tiene un buen pasar se lo traslada a sus hijos y el que está mal hace lo propio con los suyos. Se trata, por tanto, de un juego de ajedrez donde siempre habrá gente que empiece la partida con una única pieza teniendo que competir contra personas que poseen todas las dieciséis. A eso le llamamos igualdad.

El tercer pilar que nos toca derribar es el más fuerte y el menos cuestionado universalmente: la democracia. Resulta muy común escuchar críticas a la meritocracia por parte del sector progresista y críticas al libre mercado desde el socialismo. Sin embargo, pocos se atreven a cuestionar abiertamente “la democracia”, concepto que reúne, al parecer, los mejores logros de las sociedades occidentales hasta ahora.

No es difícil, sin embargo, encontrar serias inconsistencias en la propuesta democrática ya que se rige, como demostraré, con los mismos principios de la meritocracia y el libre mercado. La democracia moderna, que establece una elección del poder ejecutivo supremo cada cuatro, cinco años, tiene como premisa que los adultos sabemos lo que queremos y que vamos a elegir lo que nos resulta mejor. De esta forma, podemos autodeterminarnos y ser representados por las personas más dignas para el cargo. Todos estos supuestos son falsos. En una situación de monopolio, u oligopolio, de los medios de comunicación masiva, con barreras mediáticas y adoctrinamiento cultural casi absoluto, resulta imposible hablar de una libre

elección. Elegimos entre lo que nos ofrecen los medios, altamente condicionados por lo hegemónico y el lavado de cerebro al que somos sometidos a lo largo de más de una década de escolarización obligatoria. Por otra parte, según “la democracia”, cualquier persona puede crear un partido y presentarse a elecciones. Pero esto es falso por las mismas razones que lo es el libre mercado: los partidos ya constituidos cuentan con el patrocinio de gente muy poderosa y se pueden publicitar mucho más, pueden llegar mucho más lejos con su propaganda de lo que nosotros alguna vez podríamos. Ni siquiera se trata de una cuestión de dinero: los medios de comunicación son manipulados por estos poderes, o incluso son sus propietarios, por lo cual pueden cancelar nuestras propuestas de maneras muy efectivas.

Nuestras sociedades, particularmente las “americanas”, están atrapadas en el partidismo. Se trata de una dinámica política muy sencilla: dos o tres partidos mayoritarios se disputan el poder en cada elección, el resto nunca llega a nada. El partido que gana, casi siempre con promesas falsas, más que por cualquier otra cosa, se preocupa por mantenerse en el poder. Los que quedan fuera pasan a ser parte de la oposición y durante cuatro años se ocupan de criticar todo lo que haga el gobierno de turno, luego eventualmente son elegidos y quiénes ocupaban el poder se convierten en detractores. Puede parecer que esta dinámica ayuda a mantener balanceadas las fuerzas políticas, pero en la práctica convierte todo en una lucha por el poder donde las medidas que se llevan adelante son pensadas únicamente en función de su utilidad para conseguir votos. Cuando un nuevo gobierno llega al poder, tiene dos necesidades: blindarse contra las críticas, para lo cual siempre resulta muy útil culpar a los gobiernos anteriores, y construir una narrativa dónde ellos son los buenos. Por eso, si no se los sigue votando, todo irá para peor. En esta dinámica de la lucha partidaria, quién detenta el poder lo único que quiere es mantenerlo y el que no lo tiene solo quiere conseguirlo. Puede parecer sobre simplificado, pero veamos qué le pasa al “votante” inserto en toda esta pelea.

Frente al poder de los medios y la propaganda, el votante se termina decantando por las opciones del menú político que se presentan, por lo general, antagónicas o al menos bien diferentes. La ideología elegida empieza a marcar el rumbo y determina la vara con la que el votante mide toda propuesta política. Si viene de los demócratas y es republicano, la va a considerar con malos ojos ya de por sí, porque apoyar algo del partido “enemigo” u “opositor” sería llevar agua para su molino. De a poco, vamos construyendo una “grieta” en la que “el otro” es cada vez más estigmatizado y sus propuestas, siempre mal vistas. Incluso a los gobiernos

les resulta casi imposible gobernar sin mayoría, porque los políticos de otros partidos simplemente tienen la orden de no votar lo que sea que venga del partido opositor. Es una lucha feroz, dónde lo que menos importa son las verdaderas medidas. Se trata de una puesta en escena, una obra de teatro, dónde lo que realmente se disputa es el poder. Es lógico, por otra parte, que todo sea un circo, es útil para distraer a las personas de lo que pasa. La misma “democracia” es una máscara si no existe la posibilidad de votar algo realmente diferente, por la razón que sea. ¿Podemos votar trabajar 6 horas y cobrar lo mismo? ¿Podemos votar que los medios de producción sean comunes? ¿Podemos votar que nadie pueda heredar medio país? ¿Podemos votar que las empresas repartan las ganancias con los empleados y no los exploten quedándose con todo? ¿No? O si lo votáramos, por un milagro de la vida, ¿creen que sucedería realmente?

Esto es cómo uno de esos casinos: de pronto te sale la combinación perfecta que te garantiza millones, pero se niegan a pagártelo. ¿Para qué jugamos si no se puede ganar? Es nada más que una estafa.

Generalmente, cuando se trata de culpar al individuo de los males de la democracia, se apunta a un sector determinado de la población, casi siempre los pobres, abonando así la idea elitista de que la democracia funcionaría bien si la gente pobre sin educación no votara. Pero es allí donde se encuentra el corazón meritocrático de la democracia: les damos la posibilidad de hacer algo diferente, pero no las herramientas para tomar esa decisión, entonces, cuando eligen siempre lo mismo, es su culpa.

A pesar de todo lo dicho, no se puede desestimar la posibilidad del cambio a largo plazo si se hicieran algunos ajustes estructurales. Aunque el partidismo es un show que sirve al poder, la democracia podría funcionar de una manera directa, suprimiendo los partidos. Si bien no se solucionarían mágicamente todos los problemas, habría más lugar para debatir las medidas concretas y salir del círculo vicioso del partidismo.

Podemos, entonces, dividir la meritocracia actual en tres partes: económica, política y social. Opera en los tres campos de la misma forma. Propone reglas de juego supuestamente iguales para todos que, en realidad, benefician a algunos y someten a otros, justificando esa desigualdad con el argumento de que la oportunidad del éxito fue otorgada de igual modo a todas las personas.

Capítulo 2

El neoliberalismo moral

Con cierto temor a caer en generalizaciones excesivas, propias de este tipo de análisis, me animo a afirmar que la mayoría de las personas no entendemos profundamente el significado del neoliberalismo. En el mejor de los casos, la definición que damos se centra en la liberación y desregulación de los mercados, el retroceso del Estado, privatizaciones, etc. Rara vez mencionamos los efectos sociales del neoliberalismo, hablamos del hiper individualismo, sí, de la falta o la destrucción de los lazos sociales y el consumismo, pero no de la moralización de la conducta individual como única propuesta válida para el cambio estructural. El neoliberalismo hace énfasis en la responsabilidad individual entendiendo que los cambios sociales se dan desde cada uno hacía arriba, de esta manera tenemos los políticos que merecemos, como sociedad, la policía que merecemos... Una mirada que encaja muy bien en el orden capitalista y meritocrático de occidente, algo que ya hemos mencionado. Cuando encaramos luchas nuevas: ambientales, animales, o no tan nuevas, pero con enfoques renovados: feminismo, luchas sociales en general, antirraciales, antifascistas, incluso anticapitalistas, es difícil no arrastrar con nosotros estas ideas neoliberales que tenemos arraigadas inconscientemente. Sin querer reproducimos mecanismos que sirven para llevar las luchas a un callejón sin salida.

Podemos encontrar algunos de los ejemplos más claros de cómo estos enfoques moralistas calaron profundo en la narrativa del ambientalismo actual y el veganismo. Vale aclarar que esta crítica para nada invalida los planteos de fondo de estas luchas que comparto plenamente.

El campo ambiental se ha canalizado en dos ramas principales: la rama de la responsabilidad individual, donde el ciudadano debe ser más “ecológico” en sus consumos, ahorrar agua, reciclar, comprar orgánico, ropa de feria y todas las demás cosas que hacen a una forma de vida más sustentable. La otra rama es gubernamental, desde ella, por medio de acuerdos internacionales se trata de frenar la crisis climática y a nivel más local se limita un poco el desmonte o la contaminación por medio de leyes y amparos. En general, una lucha legalista donde aparece también fuertemente la movilización social. La rama de la responsabilidad individual responde plenamente a la lógica neoliberal: ser más “ecológicos”

ya es parte del mandato social y hacer algo “contaminante” nos llena de culpa. De esta manera también juzgamos a los demás por sus conductas y sus consumos “insustentables” o consumistas. ¿Está mal? ¿Está mal juzgar o sentirse culpable por no tener una conducta ecológicamente apropiada? No creo que esté mal, pero es posible que, a menudo, con ello se esté desviando el foco de la discusión.

Los cambios en la conducta personal van a darse naturalmente si hay voluntad para hacerlo. La única forma de forzarlo sería aplicando multas y prohibiciones desde el aparato estatal. Pongamos un ejemplo actual: en Mendoza muchas personas se están movilizandando en este momento contra las mineras por el derroche de agua en una región donde es un recurso escaso. Podrían en vez de eso ir contra cada uno de los ciudadanos que llena la pileta dos veces al mes o riega la vereda con agua. El efecto no sólo sería menor, generaría disputas entre ellos sin que se ataque el problema de raíz. En cambio, la acción colectiva contra las mineras genera un efecto contagio: si estoy en contra de que se malgaste agua es probable que me replantee mi conducta personal en el cuidado del recurso.

Varias de las luchas actuales tienen estas dos facetas: la conducta individual y el accionar colectivo como protestas o reformas, otro ejemplo muy claro de esto es el veganismo, aunque fue bastante más lejos en lo moral. Tenemos, nuevamente, la conducta individual: no consumir productos de origen animal, no utilizar animales no humanos de ninguna manera. Por otra parte, tenemos el accionar colectivo: protestas contra espectáculos con animales, mataderos, lugares donde experimentan con animales, propuestas de leyes reformistas o si se quiere abolicionistas, etc.

A diferencia del ambientalismo, el veganismo suele ser muy riguroso en cuanto a la correlación de lo individual con el accionar colectivo: a menudo se exige que la persona sea vegana para poder protestar, sino sería una incoherencia insalvable. Obviamente, si lo comparamos con la lucha antirracial, sería incoherente luchar por los derechos de las personas negras en las calles mientras que tengo esclavos en mi casa, pero sostengo que es una incoherencia que la misma persona tarde o temprano notaría. No estoy seguro de que sea necesario excluir a tal persona de la lucha. En el caso de muchas batallas ganadas, o ganadas a medias, como la de los zoológicos de la cual fui parte, se logró mucho, justamente, gracias a la enorme convocatoria de personas que no eran veganas, ni vegetarianas, sino que se acercaron a esa lucha por otros motivos. Estoy seguro, aunque no puedo comprobarlo, que algunas personas se han replanteado sus consumos a raíz de toda la discusión pública que se dio en torno a los zoológicos.

Si hoy todo el mundo dejara de consumir carne no habría más matanzas de animales: es tan cierto como utópico. Nos llena de culpa y resentimiento con los demás, nos aísla. El sistema actual trata de encausar las luchas por el camino individual a sabiendas de que la capacidad de cambio estructural de esta manera es prácticamente imposible.

Con el último auge del feminismo y la inclusión de la lucha a favor del colectivo LGBTQ+ pasó algo similar: hubo mucho énfasis en la forma de escribir y hablar inclusiva, la condena a las actitudes machistas, los micromachismos, los piropos callejeros, luego los escraches. Nuevamente, una fuerte moralización y fiscalización de la conducta y los consumos (en este caso por ejemplo los consumos televisivos de programas machistas, el porno, etc.) y, nuevamente, todas cosas que me parece super importantes de criticar y cambiar entre todos.

Estos nuevos moralismos impuestos desde la lógica neoliberal también pueden estar asociados a efectos secundarios: lo “anti-woke”, el auge de la derecha reaccionaria, los discursos anti todo como anti-feminismo, anti-vegan, anti-intelectualismo, anti-ambiental, etc. Se podría decir que esto pasó porque las luchas molestaron “al sistema”, entonces la maquinaria estatal y los medios crearon un rechazo artificial en la población para volverla “anti-woke”, pero creo que esa no es la mejor explicación.

Pensémoslo juntos: ser señalado con el dedo como incoherente, tonto, o moralmente inferior no le gusta a nadie. Cuando un nuevo moralismo irrumpe, las personas o lo incorporan a su cotidianeidad y su conducta o lo rechazan, y el rechazo puede ser tan violento como la insistencia del otro lado. Si a esto le sumamos que vivimos en sociedades meritocráticas que valoran por sobre todo la libertad negativa, que cada vez tenemos menos inclinación por la autocrítica y menos tolerancia a la frustración, si encima le sumamos la frase que abre este libro: “Muchas personas pretenden vivir la vida como si estuvieran en un cumple” tenemos un cóctel perfecto.

Hay una idea interesante que viene de la psicología y propone algo así: la persona primero ignora la crítica, la realidad o su propia incoherencia, luego se opone a la idea violentamente con burlas o ataques y, por último, lo acepta. Esto describiría el proceso de una persona que pasa por un duelo o no quiere aceptar algo que duele mucho. Siguiendo con esta lógica, algunas personas creen que esta etapa “anti-woke” sería la segunda fase y que la próxima sería la aceptación. La verdad es que me parece una idea hasta peligrosa, con ese criterio grupos antifa están a punto de amigarse con los neonazis, ¿no? Absurdo. Sólo porque suenan bien, las ideas no pueden atravesar campos disciplinarios. No, no están en proceso de aceptación, están en proceso de crear una identidad colectiva basada en el rechazo a

todos estos moralismos, algo que los une porque se sienten ofendidos por ellos. Al “sistema” todo esto le viene como anillo al dedo: se utiliza como chivo expiatorio a minorías, activistas, feministas, para culparlos de problemas inherentes del capitalismo como el individualismo, la pérdida de sentido o de colectividad.

Otra propuesta ha ido ganando relevancia y adeptos y es la unificación de las luchas ya sea bajo lemas de “Liberación total”, “Anarco-veganismo”, “Ansiespecismo feminista”, u otros. La idea es clara y comprensible, las luchas se tocan, comparten sujetos y objetivos, sin embargo, cuando sumamos luchas, ¿qué es lo que sumamos realmente? ¿Un eslogan? ¿Nuestro compromiso con esta otra causa? ¿Demostramos coherencia en otros campos? Por momentos incluso hay intención de moralizar unas causas por otras, así el veganismo pretende moralizar al ambientalismo señalando sus contradicciones por no incorporar la perspectiva anti especista y el ambientalismo hace lo propio. Luego aparecería el feminismo para señalar las inconsistencias de ambos por no tener presente al patriarcado. Son capas y capas de críticas que son necesarias, que enriquecen el debate y la perspectiva, pero que a menudo limitan con el puritanismo y un alejamiento cada vez mayor de la realidad. Cuando le sumamos más y más etiquetas a nuestra propuesta hay que tener mucho cuidado de no caer en una simplificación de debates internos que tiene cada una, por ejemplo, si yo digo que voy a crear un movimiento Anarco-feminista-ambiental hay que ver qué versión de cada causa pretendo incorporar porque claramente no hay un solo Anarquismo como no hay un solo Feminismo ni Ambientalismo. Si mi intención es sumar las versiones neoliberales moralistas de estas luchas puede pasar que mi propuesta de entrada se vuelva hiper exigente con sus seguidores y genere muchas dificultades a la hora de interactuar con personas que ignoran todo eso. A sí mismo, no debemos olvidar la complejidad de cada lucha, su tecnicismo, su diversidad. Por ejemplo, cuando colectivos de otras ramas incorporan “lo ambiental” lo suelen hacer desde la influencia de la propaganda de los medios, y la cuestión se termina resumiendo en “la crisis climática” o “el consumismo”. Una agenda impuesta desde los países del “primer mundo” dónde esas problemáticas son las que más se trabajan. Hablar de la crisis climática en un país como la Argentina es cuanto menos ignorar que localmente hay problemas mucho más severos y urgentes como el desmonte, la destrucción de los glaciares, el uso de los agrotóxicos o el desmanejo de las áreas naturales protegidas... Hablar de “consumismo” a una población de “tercer” mundo que apenas si come también denota una infiltración por parte de la propaganda global. No es que no haya consumistas aquí, pero si mi discurso es culpar a todas las personas por

igual voy a estar haciendo un gran trabajo para el sistema. Imagínense, si yo siendo anarquista, saliera a decirle a la gente que estamos mal por culpa de cada uno de ustedes que votaron. Lo cual es cierto. ¿Qué resultado obtendría? No, el anarquismo siempre se mantuvo al margen de la moralización individual, aunque siempre ha estado muy cargado moral y éticamente. Se moraliza la propiedad privada, el Estado, la existencia y el accionar de las instituciones, no a las personas de a pie y, obviamente, a medida que se encaran estas luchas, uno va enfrentándose permanentemente con sus propias contradicciones.

Cuando digo: “La lucha es una sola.” Me refiero a otra cosa. Quiero decir que sea cual sea el campo que se elige es parte de lo que hay que hacer, es parte de la resistencia. Hay mil causas a las que aportar y todas ellas son importantes: elige una y lucha. El problema no está en las incompatibilidades de estas luchas, ni en sus incoherencias internas, el mayor problema sigue radicando en que mientras un 1% lucha el 99% no se involucra en nada.

Capítulo 3

La espiral del fascismo

Antes de pasar a la parte más teórica de este texto, me gustaría tratar algunas cuestiones bien prácticas que tienen que ver con el fascismo. La intención no es compartir una mirada histórica, sino una guía y una herramienta concreta para entender y combatir la opresión.



El fascismo se suele enseñar como un invento del dictador italiano Benito Mussolini, aliado de Alemania nazi durante la Segunda Guerra Mundial, en la que ambos resultaron derrotados. Pero esta caracterización del fascismo es inadecuada. Sí, Mussolini le pone el nombre, aunque no inventa, en definitiva, nada nuevo. Veamos cuáles son los principios de esta ideología. El *fascio* o grupo se forma a partir de características en común - que pueden ser la nacionalidad, la etnia, la religión, la ideología, etc. - en contraposición a otro grupo, u otros, considerado inferior o perjudicial. Esto fue y es común prácticamente en todas partes, sobre todo en sociedades con un fuerte nacionalismo o intolerancia a la diversidad. El dictador italiano lleva ese sentir colectivo a su máxima expresión: la Nación lo es todo, el gobierno lo es todo, la unidad del pueblo lo es todo, y quienes se opongan a su bienestar serán considerados enemigos. De esta manera, nos encontramos con una reafirmación del grupo a la vez que un inmenso control y una constante deshumanización del enemigo externo al grupo de pertenencia. Valiéndose de la propaganda difundida a través de un medio revolucionarios para la época como lo fue la radio, el fascismo logró consolidar una aparente unión nacional explotando aspectos profundamente humanos y universales: el tribalismo, la necesidad de pertenencia y el miedo a la exclusión. Para ejercer la violencia contra los enemigos internos, el régimen utilizó tanto herramientas legales como extralegales. En un primer momento, recurrió a bandas armadas – entre ellas, la conocida como

“Camisas Negras”, por ejemplo - que hostigaban a la oposición política, a los intelectuales críticos y a las minorías étnicas. Más tarde, a medida que el régimen consolidó su poder político, estas funciones represivas fueron asumidas directamente por el Estado, lo que institucionalizó la violencia como un mecanismo de control y opresión.

Hoy, el fascismo actúa más sutilmente, salvo en los países donde tienen lugar la guerra y el genocidio, ya que en esos casos se vuelve indispensable el control total de la población y de la narrativa. Se necesitan herramientas muy poderosas para que en plena era digital las personas acepten una única forma de ver las cosas: la que narra el Estado. Esto se consigue por medio de un proceso paulatino de despojo de derechos y libertades. Veamos el siguiente gráfico:



Esta espiral busca representar la trayectoria de expansión y consolidación del fascismo, que se vale de hechos que consideramos totalmente normales, preparando nuestras mentes para el siguiente paso – algo parecido al efecto “sapo hervido”: un sapo se escapa del agua caliente, pero se deja cocinar vivo si se aumenta de a poco la temperatura del agua. Ningún régimen

autoritario surge de la nada, hay detrás de él un terreno bien abonado con adoctrinamiento, control, obediencia y miedo.

Muchos intelectuales sostienen que la división entre derecha e izquierda política hoy ya no aplica. Sin embargo, para mí es muy claro: quienes refuerzan esta espiral están siendo de derecha, al menos en ese asunto específico. Desde luego, este cuadro podría beneficiarse de un millón de detalles para profundizar la explicación: la religión, en muchas sociedades la mononorma y la heteronorma, la violencia económica que se ejerce hacia los trabajadores o no trabajadores. Supongamos que hay un sacerdote que promueve la resistencia a un régimen fascista: está siendo “de izquierda” porque se opone el avance del autoritarismo, pero pretende regresar por la línea del tiempo solo hasta un punto específico. Cuestiona el fascismo más evidente, pero tiene naturalizadas otras formas de opresión, cómo la religión normalizadora. Todos tenemos naturalizados microfascismos que hoy no vemos; por eso, la introspección es fundamental. El fascismo, en primer lugar, está instalado en nuestras propias cabezas. La espiral gira reforzándose con años de propaganda y violencia sistemática, mientras nos va alienando también de una forma de vida sana en cuanto a lo que consumimos y la naturaleza en general. Todo esto va generando un caldo de cultivo para el fascismo, que avanza por la espiral de forma notoria en el marco de grandes crisis económicas, humanitarias o ambientales. Analicémoslo con más detalle.

En relación a la cuestión del tribalismo, existe una tendencia que podemos considerar natural entre los seres humanos - y también en muchas otras especies animales - a ser sociales dentro de su propio grupo. Somos una especie gregaria que se vale de la ayuda mutua para su supervivencia. Un tribalismo que también motiva una pulsión para constituir un grupo menor con algo en común, por ejemplo, un equipo de fútbol. Los hinchas tenemos algo que nos distingue del resto: nuestros colores, nuestros cánticos. La rivalidad entre los seguidores de un equipo y otro es una gran expresión del tribalismo que, muchas veces, lleva a la violencia, a la deshumanización y la locura. Lo llaman “pasión”, y la pasión “es inexplicable”. Bueno, podemos decir que en realidad sí lo es. Lo “inexplicable” es una pulsión instintiva al tribalismo que despierta en nosotros un sentir visceral de pertenencia al grupo. ¿Absurdo? Puede ser, pero no más absurdo que el nacionalismo, que es el mismo sentir llevado a un grupo de pertenencia mayor. Este tribalismo ha sido extremadamente útil para la construcción y reafirmación de una identidad nacional que, de nuevo, lleva a la consideración de otros como inferiores o perjudiciales, a su deshumanización y, finalmente, a la violencia o la agresión. Para que este

triángulo del fascismo – construcción del otro inferior, violencia contra grupos ajenos, deshumanización - pueda ser una señal concreta, varias de sus partes tienen que estar promovidas activamente por el Estado. Por ejemplo, si las barrabravas de Vélez realizan cánticos racistas contra los hinchas de River y luego los atacan a la salida del estadio, se trata de un hecho que cumple con todas las partes del triángulo, pero no son acciones promovidas por el Estado a gran escala. Por ello, los grupos *underground* de fascistas o neonazis, en realidad, no son fascistas estrictamente hablando, sino más bien wannabes. Los verdaderos fascistas son quienes ejercen este fascismo desde el poder estatal. Así es cómo el tribalismo y el nacionalismo refuerzan la espiral. Veamos a continuación qué otras herramientas ejercen un control más sutil sobre nosotros.

El Estado exige una sociedad de jerarquías que permitan gobernar, lo que inherentemente lleva a desigualdades muy profundas e institucionalizadas que se mantienen estáticas. En resumen, los que poseen el poder tienden a tener cada vez más poder, mientras que quienes no lo tienen son más oprimidos. No existe una rotación, ni una dinámica que permita volver a barajar y repartir de otra manera los privilegios en la sociedad: es *statu quo* es una roca sólida. Hablando de privilegios, se encuentra también el patriarcado. Si bien podemos hacer la salvedad de que en muchas sociedades occidentales ha habido un retroceso en este tipo de opresión y ya no se manifiesta tan sistémica como antes, en otras culturas el patriarcado es muy fuerte y se mezcla con la religión como forma de control. En general, la religión ha sido un gran aliado de esta espiral fascista, ya que establece pautas de conducta, estereotipos de género, normativas de vestimenta, hasta nos dice qué pensar para no caer en desgracia de dios.

La autoridad, cualquiera sea, tiene que ser obedecida. Si en vez de “los” o “las”, escribo “lxs” eso produce un efecto inmediato en ciertas personas adoctrinadas y querrán corregirme, porque la Real Academia Española, la RAE, ha determinado que no se debe escribir así y tiene la última palabra en el asunto. Ahora, si la misma RAE dice que “che” no es una palabra, sino un invento argentino... ¿A quién le importa?

Volviendo a estas normalizaciones, resulta muy interesante ver lo que genera en las personas. Hacer algo fuera de la norma es hasta una falta al respeto y ha llevado incluso a asesinatos. ¿Escucharon hablar de violaciones como forma de corrección del lesbianismo? Obviamente se trata de casos considerados extremos en la cultura occidental, pero su narrativa, su raíz, no se diferencia de lo que expresan muchas personas ante una marcha del orgullo gay o una persona con el color de pelo “raro”. Les

nace aplicarles un correctivo, ponerlos a todos “en filita” y que sean “normales”. Su actitud los enferma, es como si después de tantos años de lavado de cerebro encontraran confort en esa normalidad y cuando alguien la altera, les despierta odio.

El control es muy fuerte incluso a esta altura del recorrido, sin embargo, está tan naturalizado que ya lo damos por hecho y solo nos alarmamos cuando la espiral avanza un poco más. No nos damos cuenta de que para pasar al estadio siguiente se debe naturalizar lo anterior, algo que podemos llamar microfascismos por su carácter sutil. Incluso, en buena parte, tenemos naturalizado cierto nivel de deshumanización y de violencia hacia determinados grupos. Hoy, el escenario de estas acciones tiene lugar cada vez más en el mundo digital. Encontramos allí las mismas cosas: por ejemplo, ataques de bandas de trolls que buscan desacreditar y hostigar a la oposición, o a grupos considerados inferiores. Encontramos también un control muy fuerte de esos espacios digitales, ejercido mediante la censura, la alteración de los algoritmos y la selección de contenidos que tienden a mantener a las personas siempre dentro de “su” burbuja informativa.

Cuando las cosas se consolidan lo suficiente y hay una necesidad estatal de expandir la espiral, empezamos a ver cosas como la unificación de la narrativa, la persecución a la oposición, la violencia incentivada desde el aparato estatal, el control total de los medios, el terror institucionalizado, la guerra y el genocidio.

Hay un efecto que me gusta llamar “bola de nieve” y que hace referencia a la acumulación de hechos y prácticas que moldean la cultura y son difíciles de revertir, más bien van construyendo nuevos hechos más y más intensos basados en los anteriores. Por ejemplo, en esta cultura tenemos muy naturalizada la meritocracia y el punitivismo, pero por debajo también tenemos un alto grado de xenofobia, racismo y clasismo. Cuando el Estado o los grandes actores económicos, que es prácticamente lo mismo, deciden que necesitan expandir la espiral hacia una nueva ley migratoria que selle las fronteras y eche a los migrantes, necesitan generar un determinado clima social. Ya saben perfectamente qué tienen que hacer y son muy buenos haciéndolo. Empezarán aumentando los titulares sobre robos y violencia por parte de migrantes, dirán que los migrantes “se llevan cosas de arriba”. De este modo, a lo largo del tiempo, van construyendo ese humor social. Jugando con lo que ya estaba bajo la alfombra en la sociedad, irán deshumanizando ciertos grupos y así, cuando llegue el momento, la aprobación para determinadas medidas legales será abrumadora. En este punto es donde el “progresismo” critica a los medios y las acciones concretas, pero no logra ver de dónde viene la bola de nieve: viene de los

microfascismos contruidos y abonados, en parte, por ellos mismos. El anarquismo, en este contexto, es una vacuna efectiva contra el fascismo ya que, al ser consciente de los microfascismos mostrados previamente en la espiral, evita que la propaganda nos adoctrine para avanzar hacia una opresión y una violencia más evidentes. También es una cura contra el fascismo porque nos invita a tener una actitud crítica hacia todos los componentes de la espiral y, de ser entendido adecuadamente, el anarquismo nos puede ayudar a deconstruir aquellas cosas que nos oprimen silenciosamente hace años.

Capítulo 4

La guerra: una fábrica de enemigos

Viviendo en tiempos de paz, no es de extrañar que a muchas personas les cueste imaginar la guerra, más allá de películas bélicas o alguna clase de historia. El horror absurdo y el exterminio nos parecen ecos del pasado, algo que como sociedad preferimos no revivir. Sin embargo, cuando ocurren ante nuestros ojos, miramos para otro lado. Genocidio, palabra que evoca en nosotros las atrocidades de los campos de concentración y nos hace preguntarnos “¿qué hacía el resto del mundo, como lo permitieron?”, expone nuestra propia hipocresía. El mundo de aquél entonces hacía lo mismo que nosotros, seguía con sus vidas normales y no quería salir de su comodidad para enfrentar a los genocidas, exactamente lo que hacemos hoy, siendo testigos de al menos dos genocidios: el de la Franja de Gaza y el de Ucrania.

¿No es acaso la manifestación más pura de lo absurdo y cruel de este sistema el hecho de que se gasten miles de millones en armamento, mientras buena parte del mundo se muere de hambre? Las guerras persisten porque benefician al poder, al capital y al fascismo. No se trata de una generalización simplista, sino una realidad política deliberada. Hay una decisión de continuar con las guerras a nivel global, que involucra a todos. Si realmente quisieran evitar la guerra, habrían llegado a un acuerdo para crear una fuerza internacional que la impidiera. Sencillamente no quieren hacerlo, ponen excusas políticas, toman decisiones tibias, titubean a la hora de intervenir, hacen todo tipo de acciones que favorecen a los tiranos y los

dictadores, incluso apoyan y financian matanzas y genocidios. Desde diferentes ángulos, beneficios y posiciones sociales, se llega a un acuerdo común para la guerra: algunos se van a oponer pasivamente, otros van a apoyar, algunos se verán perjudicados en su vida cotidiana o sus negocios, mientras otros se benefician. El punto es que, de una u otra manera, ese acuerdo se consigue dentro de la sociedad.

La guerra cumple un gran papel para los gobiernos, ya que pueden reiniciar su apoyo interno en tanto nadie exigirá de ellos una gran gestión. Su misión, a los ojos del ciudadano, pasa a ser la victoria. La tolerancia a la oposición política, las protestas y los reclamos ciudadanos se vuelve muy delgada. Se espera que toda la comunidad esté unida, no es momento de disputas.

La preparación y el campo de batalla condicionan fuertemente la manera de pensar del soldado: sí, es matar o morir, aunque mucho más profundo. La deshumanización del enemigo es crucial: la misma palabra “enemigo” implica que quiere hacerme daño y se mueve de una manera homogénea, como si fuera un solo organismo y no un montón de soldados con vidas e historia propias, únicas. Para llevar adelante las matanzas, el soldado también se debe deshumanizar y convertirse en parte de esta máquina. La lógica de la guerra promete impunidad: sólo seguimos órdenes del superior. Este, al mismo tiempo, ejerce una autoridad moral que nos permite delegar los juicios personales, las decisiones y el propósito de todo a un “bien común”, y a la idea de que hay “alguien arriba que sabe lo que hace”. Lo que posibilita, en última instancia, el conflicto armado entre personas desconocidas es la idea de un enemigo que debe ser destruido antes de que me destruya a mí, y mientras menos sepa sobre ese enemigo, mejor. El velo de misterio, esa supuesta maldad, no debe romperse; de allí, la prohibición de todo contacto o fraternidad con el enemigo.

Morir por la patria, morir por quién sabe qué cosa en un ataque suicida forzando posiciones enemigas fortificadas, ¿qué nos dice eso de la condición humana? Nos dice que el propósito es a menudo más valioso que nuestra propia vida, o eso nos hicieron creer. Alguien “allá arriba” sabe qué debemos hacer y valorará nuestro sacrificio. Hay que creer en un propósito; si no, ¿quién iría a morir? La doble deshumanización permite matar y morir en nombre de una meta mayor, incluso al punto en que estas reglas de juego son aceptadas por toda la sociedad. Lo que está mal en la guerra es matar civiles; matar soldados no está mal porque las personas, al ponerse el uniforme, aceptaron ser parte del juego. Obviamente, esto ignora de forma deliberada los sesgos del proceso de reclutamiento y el hecho de que, muchas veces, la persona-soldado no está allí por voluntad propia.

¿Cómo es esa entrega, esa predisposición, esa sumisión a las órdenes del superior? Me hace acordar a la sumisión que experimentamos cuando vamos al médico. Uno se pone a disposición, suprimiendo su voluntad; es la única forma. “Párese” y me paro. “Respire hondo” y respiro. “Aguante un poco que le va a doler” y aguanto. Todos lo hemos sentido, posponemos nuestros deseos y nuestra voluntad porque sabemos que resistir no tiene sentido, hay que hacer caso y ya. Algo similar pasa con todas las autoridades en general: hacemos caso, vamos con la corriente, evitamos confrontar hasta que un día podemos encontrarnos en esa situación. Dicen “ve a morir” y voy.

Como vimos en el caso del fascismo, hay una construcción del grupo de pertenencia y un grupo antagónico, el enemigo. El fascismo no es otra cosa que la aplicación de la lógica de guerra a la sociedad civil. Hay una victimización necesaria, porque el enemigo quiere hacernos daño, situación que, al mismo tiempo, me permite moralmente hacerle daño a él. En el campo civil, cuando hablamos de fascismo, también hay una deshumanización que puede llegar a ser doble. El fanático se maneja con un dualismo total, dónde hay un enemigo antagónico. Uno se transforma en una especie de soldado que lleva adelante acciones en nombre de la causa, pasa a ser parte de la maquinaria de una guerra ideológica.

A los regímenes fascistas o autoritarios les seduce la idea de entrar en guerra por alguna razón, la que sea. Siempre tiene que haber un enemigo contra el que luchar; puede ser interno o externo, o ambos. La guerra ayuda a reforzar el control dentro de la sociedad, ayuda a unir al pueblo detrás de sus líderes, a minimizar la crítica y el descontento. Ni hablar de que facilita la eliminación de personas que molestan al poder o para hacer negocios. La guerra les sirve a todos, a todos los que están en el poder. ¿Cómo es que la clase trabajadora termina apoyando guerras que la empobrecen y la destruyen? La respuesta es muy sencilla: por medio de la propaganda, la fábrica cultural, las narrativas nacionalistas. Juntos vamos construyendo esta espiral, esta bola de nieve que día tras día va moldeando nuestra moral, nuestra percepción. Del tribalismo al nacionalismo, vamos por un camino seguro que lleva a la unidad nacional y al orgullo del territorio-nación. Hoy vengo a decirles que todo eso es basura. No es otra cosa que una construcción social que responde a los intereses de los poderosos. ¡Qué novedad! Y aunque intuitivamente lo sabemos, seguimos repitiendo el mantra que nos hacen memorizar en la escuela. Piénsenlo, hoy vemos horrorizados cómo cientos de miles de personas son asesinados por una disputa geopolítica entre naciones que antes estaban juntas. ¿Si mañana una provincia argentina se quiere independizar, tomarían ustedes las armas e

irían a matar al grito de “Argentina unida”? ¿Creen que no lo harían? Pues muchos sí, si se les da suficiente propaganda. No es tan difícil. Teniendo como base el nacionalismo, se puede introducir la idea de que hay poderes extranjeros que quieren dividir la Argentina, mucho dinero detrás y que todo esto es un plan para conquistar el Cono Sur. Ya está, tenemos miles y miles de soldados dispuestos a morir.

Opinamos, desde una lógica impuesta por los Estados-nación, sobre los pros y los contras de las guerras en otros lugares del mundo, quién tenía razón en la Primera o la Segunda Guerra Mundial, en Vietnam o Siria. Opinamos sobre si Estados Unidos tenía derecho de invadir Irak o si estaba bien que abandonara Afganistán. Toda esa forma de pensar refleja únicamente la lógica de la dominación, un discurso al que nos sumamos manipulados por la propaganda. Estamos encerrados en un círculo vicioso. Si cada pueblo es adoctrinado para seguir la agenda de sus líderes políticos estamos condenados a ser carne de cañón en batallas que, en realidad, no son nuestras. Imaginemos un mundo donde en vez de gobiernos estatales hay empresas. Nosotros trabajamos para Coca-cola y los del otro país para Mc Donald's y nos dicen “Mc Donald's nos quiere conquistar, debemos defender nuestra identidad Coca-cola y hacerle frente”. Entonces un montón de empleados de Coca-cola forman batallones para defender su patria y luchan hasta la muerte contra otros obreros iguales a ellos, pero que hacen hamburguesas. ¿Significa esto que todas las guerras son iguales, que todos los gobiernos son iguales y que no vale la pena luchar contra uno peor? No. Pararnos en la misma actitud de la no-violencia y salir a decir que todos los países involucrados en guerras son lo mismo y que la resistencia violenta no es la solución sería facilitarle el trabajo a los peores. Este es un mundo complejo, optar por soluciones fáciles sólo nos conduce a peores consecuencias. Cada país, cada pueblo están sumidos en su propia propaganda, su propio mundo creado en base a la cultura ya existente. Utilizados como títeres, nuestros sentimientos son dirigidos por los gobernantes para sacarles provecho y, si hace falta, no van a pestañar para derramar la sangre de sus esclavos.

Capítulo 5

La transformación del Estado

Hay un pasaje necesario de un Estado paternalista a un Estado, llamémoslo, democrático. De la misma manera, como lo describe Michel Foucault en *Vigilar y castigar*, el suplicio público es sustituido por el calabozo y luego, por la cárcel moderna de la reformatión del individuo.

Es cierto, un régimen déspota, dictatorial, autoritario puede durar cientos de años, pero tarde o temprano cae y, al hacerlo, genera más daño estructural que una transición “voluntaria” hacia otro tipo de Estado. Sencillamente, si “el pueblo” llegara a derrotar al régimen, es imposible que con esa victoria no tome conciencia de su propia fuerza. Tal vez muchas personas hoy piensan que el Estado de derecho moderno y democrático fue producto de la voluntad de la clase gobernante. Esta es una de las grandes habilidades del sistema: hacernos creer que toda lucha es en vano, que todo retroceso de la opresión, todo avance de la igualdad y la justicia se hubieran dado de todos modos por la benevolencia del rey o del Estado. Para interiorizarse en la importancia de las luchas sociales del pasado, sugiero la lectura de obras como *Calibán y la bruja* de Silvia Federici.

Sería muy difícil esperar que, de pronto, toda la población se rebele contra un Estado democrático. Siempre hay un sector conservador que va a salir a defender el orden y, con ello, se garantiza el monopolio de la fuerza y la violencia. Por algo los órganos represivos del Estado están sujetos a reglas tan rígidas y a tanto lavado de cerebro; por algo terminan seleccionando personas capaces de realizar actos brutales, que no cuestionan las órdenes. Siempre los hay y va para ellos mi profundo desprecio. Tal vez si más personas compartieran ese sentimiento y la claridad de ver al represor en todo uniformado, aunque no esté reprimiendo en ese instante, tendríamos una chance.

A propósito del tema de la autoridad, quiero introducir una cita de Jiddu Krishnamurti, de su libro *El arte de vivir*:

“...Nosotros creamos la autoridad, la autoridad del Estado, de la policía, la autoridad del ideal, la autoridad de la tradición. Quiero hacer algo, pero mi padre dice: ‘no lo hagas’. Tengo que obedecerle, de lo contrario se enojará y dependo de él para alimentarme. Él me controla mediante el temor, ¿no es así? Por lo tanto, se convierte en mi autoridad. De igual modo, estamos

controlados por la tradición: ‘debes hacer eso y no aquello, debes vestir tu sari de cierta manera, no debes mirar a los muchachos, o a las chicas...’ La tradición les dice lo que deben hacer; y la tradición, después de todo, es conocimiento, ¿verdad? Están los libros que les dicen lo que hay que hacer, sus padres les dicen lo que hay que hacer, la sociedad y la religión les dicen lo que hay que hacer. ¿Y a ustedes qué les ocurre? Quedan aplastados, abatidos. Jamás piensan, jamás actúan y viven vitalmente, porque todas estas cosas les atemorizan. Dicen que tienen que obedecer, de otro modo estarán indefensos. ¿Qué significa esto? Significa que han creado la autoridad, a causa de que están buscando un modo seguro de conducirse, una manera segura de vivir. La persecución misma de la seguridad crea autoridad, y así es como nos volvemos meros esclavos, dientes en las ruedas de una maquinaria, viviendo sin ninguna capacidad para pensar, para crear.”.

En efecto, si no independizamos nuestras mentes de la autoridad sería muy difícil superar al sistema ya establecido en base a la obediencia. La autoridad, como tal, siempre existirá. Incluso en las comunidades más libres que se conocen, o que podamos imaginar, existe una cultura y un conjunto de tradiciones, existe una moral. Todas estas cosas son indispensables y son lo que nos hace humanos. Si no hay un Estado y no hay un gobierno, supongamos que hay asambleas toman decisiones, por unanimidad o como sea, porque no se puede vivir en comunidad sin tomar decisiones colectivas. Estas tendrán una validez y esa validez constituye, en sí, una muestra de autoridad.

Como siempre, llevar cualquier propuesta al límite absoluto termina quitándole el sentido. “Contra toda autoridad” es una consigna hermosa y correcta en el contexto actual en el que las autoridades están revestidas de un poder institucional que es parte de un Estado. Lo que criticamos es el grado, la magnificación de ese poder, de esa autoridad; su forma arbitraria, su servicio a unos pocos por medio de la explotación. La anarquía es una fuerza de la entropía, busca destruir la concentración del poder y así repartirlo entre todos. Cuando permitimos que la autoridad avance copando más y más terreno, aprovechándose de nuestros temores, de nuestra necesidad de seguridad, de nuestra pasividad, esa autoridad inevitablemente se vuelve cada vez mayor, acumula cada vez más poder, más riquezas. Es imposible que ese poder no corrompa. Entonces, es necesario, y sano, un ejercicio constante de la entropía; cada tanto hay que volver a empezar, reescribir todos los libretos, pensar de nuevo todas las reglas.

La Iglesia ha resistido; a pesar de Copérnico, de Darwin, de Nietzsche y de tantos otros y otras, la gente sigue creyéndole. El capitalismo resiste a pesar de Marx, de la Unión Soviética, Irak, Vietnam y de la Gran Depresión. Resiste a pesar de todo, pese a las demostraciones más contundentes de que es un modelo que nos lleva al colapso ambiental, a pesar de la desigualdad y de las guerras. De la misma forma, la escuela también resiste, aunque su sistema sigue prácticamente inalterado desde su creación y los eruditos reformistas se siguen rompiendo la cabeza para entender cómo o para qué. ¿Por qué? La respuesta es sencilla: todas estas instituciones resisten porque sirven al poder, no importa que muchos creamos que no sirven a la humanidad, no es su propósito.

Las sucesivas dictaduras militares, que cada tanto se guardan para dar lugar a gobiernos democráticos, vuelven cuando hace falta llevar a cabo medidas impopulares. Regresan de ese cajón porque el sistema democrático no les permite ajustar tanto, explotar tanto, matar tanto. Hay ajustes brutales que se han llevado adelante en plena democracia y no han sido fuertemente combatidos; entonces, la dictadura no aparece porque “no hace falta”. Estas idas y venidas obviamente no son para nada populares y las economías más fuertes las evitan a toda costa, aunque pueden auspiciarlas en otros países de los que se alimentan.

En la Argentina, en las provincias del Norte, o fuera de los centros urbanos, se vive bastante peor y las fuerzas represivas son más brutales; los gobiernos ni cambian, son como feudos; se parecen mucho más al modelo del Estado paternalista. A la par, en las grandes ciudades se vive en un Estado democrático moderno en el que las fuerzas represivas, en general, son menos feroces. ¿Por qué esto es así? Es muy interesante, porque realmente no creo que la gente de la periferia sea inferior de alguna manera a la gente de las ciudades. El problema es que el poder central se ve obligado a mantener su máscara de bondad frente al grueso de la población, mientras con el resto puede darse el lujo de ser menos benevolente. Toda esta hipocresía del Estado democrático se cristaliza cuando se apaga la luz y las cámaras apuntan a otro lado. ¿Qué es en realidad? En la ciudad, nos avanza de a poco con leyes opresoras de ajuste y flexibilización laboral, pero en el interior, donde quiere aplicar un modelo de saqueo brutal, tiene que recurrir a las viejas recetas del Estado paternalista. En un contexto de conflictos bélicos, ¿de dónde se sacan más reclutas para mandarlos al frente? Se recurre muchas veces al interior y, cuando no, a las poblaciones más desprotegidas de las urbes.

De hecho, muchos pensadores han proclamado que este modelo liberal no sería viable sin la desigualdad que le es inherente, que los países ricos no podrían serlo sin explotar a los países pobres. Esto se puede extrapolar igualmente a todos los niveles: si hay ricos y pobres, bajo este modelo, ¿acaso los ricos podrían seguir siéndolo de no haber nadie a quien explotar?

El Estado de bienestar nace como respuesta al comunismo. Los genios de arriba se dieron cuenta de que si los obreros eran muy explotados se generaban las bases para una revolución; el ejemplo de Rusia no era para nada alentador. Aparece entonces esta idea de reducir la desigualdad y darle más poder adquisitivo a la clase trabajadora. Funcionó de maravillas, pero cuando el peligro de la revolución social había pasado, el Estado - influenciado por sus amigos y dueños, o sea las grandes empresas - empezó a ajustar las clavijas otra vez.

Todo lo que consigamos en la época benevolente se hará polvo en el momento en que el Estado decida que ha ido demasiado lejos y se le antoje volver a esclavizarnos un poco más. Sus garantías valen nada. Su constitución vale nada. Todas estas promesas solo sirven para cuando el amo está de buen humor. Yo les pregunto a ustedes: cuando los recursos empiecen a escasear, ¿qué creen que hará el Estado con sus garantías? ¿A quién va a beneficiar? ¿A quién reprimirá y abandonará a su suerte? ¿Creen, acaso, que hará un referendo popular para ver quién se salva y quién muere? Las cosas avanzan rápidamente hacia un colapso ambiental y no tenemos mucho poder, en este sistema, para detenerlo. Las grandes empresas explotadoras de recursos, amigas de los Estados, son quienes deciden el futuro de este planeta. Igualmente me parece un poco triste tener que recurrir a este argumento para tratar de movilizarse contra el sistema, como si la explotación, la desigualdad, el embrutecimiento y la nula participación que tenemos en nuestro propio destino no fueran suficientes.

¿Qué se puede discutir con personas que encuentran normal el hecho de que cualquier búsqueda que hacemos en Google esté monitoreada por el FBI? Nuestros celulares nos espían día y noche, mandan información a la web de todos nuestros movimientos, hasta son susceptibles a ser accedidos por el Estado para funcionar como micrófonos, cámaras ocultas... En fin, todo esto hoy está normalizado; vivimos en un estado de completo monitoreo. El fenómeno no reconoce fronteras, pasa tanto en el primer mundo como en el tercero. Creemos que el Estado democrático es tan benevolente que jamás utilizará estos medios y datos para perjudicar al

pueblo. El amo al que hemos otorgado la capacidad para hacer el bien y el mal del que habla Étienne de la Boétie, ese amo no ha olvidado su habilidad de reprimirnos si hace falta.

Las personas que componen el sector medio de la sociedad, tanto progresistas como conservadores, no encuentran ningún peligro en otorgarle poder al Estado, en ser vigilados. Creen que nunca harán nada que atraiga la atención de los órganos represivos. Esta ilusión, cada tanto, se derrumba. Por ejemplo, en la Rusia actual, dónde hasta hace un par de años, las personas tal vez no veían ningún peligro en que el Estado los vigile. Hoy, cuando las pueden condenar a muchísimos años de prisión por un posteo o estar suscripto a un canal de Telegram contra la guerra, se hace evidente que había y hay mucho qué temer. Como corderos entregamos las llaves de todo al amo, esperando que sea benevolente con nosotros por nuestra obediencia; pero cuando reclama nuestras vidas, ya es tarde para escapar de él.

El problema del Estado no es que esté al servicio de la desigualdad, cosa obviamente grave e inhumana, sino que siempre va a ser un organismo al que le delegamos nuestro poder y, con ello, nos instrumentalizamos, nos volvemos apáticos con nuestro propio destino como humanidad.

Capítulo 6

Los tres errores del marxismo

La izquierda es de los pocos sectores políticos que se anima a criticar el modelo democrático, pero tiene algunas deficiencias importantes que le impiden progresar. El marxismo, a pesar de ser una excelente teoría política que supo entender la explotación del proletariado en el modelo capitalista, conforma una doctrina reduccionista que se ha quedado en el tiempo y hoy no puede ofrecernos una solución debido a que el campo de juego ha cambiado.

La clase obrera a la que Marx hacía referencia, el proletariado del siglo XIX estaba sumamente explotado, sin poder acceder a una vida medianamente digna. Los burgueses, por otro lado, eran un grupo concreto y definido que poseía los medios de producción, o sea, las fábricas y otras industrias. Se trataba de dos clases sociales antagónicas separadas por una

brecha económica enorme, sin una clase media que haga de *buffer* entre ellas. Hoy, con una mejora en la calidad de vida para los obreros y una promesa de movilidad social que cada tanto se hace realidad, se puede vivir relativamente bien - dependiendo del país, por su puesto - sin ser dueño de los medios de producción. Estas mejoras lograron dividir aún más a la clase trabajadora, que ya ha perdido prácticamente toda conciencia de sí.

La meritocracia, el libre mercado y la democracia partidaria lograron adormecer cualquier intento de revolución social. El que es pobre piensa en salir de la pobreza y ve como modelo a otros trabajadores como él. Aquél que tiene un buen pasar, aun que deba trabajar para un patrón al que le tiene que entregar parte de su trabajo y así sea estafado y explotado como antes, no ve necesidad alguna en rebelarse; a lo sumo se convierte en un progresista moderado.

De esta manera, el primer error del marxismo de hoy es económico: apela a una clase social que ya no se encuentra tan desesperada como en el siglo XIX. La democracia moderna ha encontrado formas muy eficaces de adormecer a los trabajadores y de enmascarar su explotación, no solamente profundizando la idea de un ascenso social posible gracias a la meritocracia, también permitiendo el acceso de las masas a todo tipo de entretenimiento y tecnología.

Para que se dé una revolución hacen falta dos componentes: la sensación de desesperación, que puede ser causada por el hambre, la falta de oportunidades o una certeza de muerte inminente, y una idea revolucionaria. Estos componentes son inversamente proporcionales para su efecto: a mayor desesperación, no resulta necesaria una idea revolucionaria muy completa para hacer estallar al pueblo; es como un pajar que se prende fuego por un simple fósforo. En cambio, si nos encontramos ante una población con todas sus necesidades satisfechas, o bien con esperanzas de conseguir un ascenso social, la desesperación es mínima y haría falta una idea revolucionaria de gran fuerza para lograr la movilización.

Después de todo somos animales de costumbres que buscamos siempre el placer y evitamos el dolor. La democracia moderna entendió esto perfectamente y nos dio lo mínimo indispensable para evitar la revuelta: la promesa de cambio, una vida con las necesidades básicas satisfechas, o con la esperanza de poder satisfacerlas, y una gran variedad de entretenimiento para evitar el ocio creativo o que pensemos demasiado.

El segundo error del marxismo es político: busca la solución en la vuelta a un Estado paternalista. Si, el ideal de Marx supone la disolución del Estado

en su punto final, pero para llegar ahí se recurre primero a la revolución obrera y luego a una dictadura del proletariado, la forma más universalmente conocida por el socialismo de la Unión Soviética. Pues bien, esta forma de Estado dictatorial, así sea gobernado por obreros, es una figura paternalista que se caracteriza por una alta jerarquización, institucionalidad, monopolio estatal de los medios de comunicación, restricciones a la libre expresión, burocratización, las figuras de líderes gloriosos que conducen hacia un “futuro luminoso”, etc. Tratar de hacer encajar ese ideal en el modelo democrático actual es imposible, ya que supone una pérdida de libertades negativas, a lo que la mayoría no está dispuesta. Al intentar volver a un Estado paternalista, ignoramos que la sociedad ha avanzado hacia un Estado democrático por una serie de razones y que ese avance es muy difícil de deshacer, porque el nuevo modelo demostró ser más eficiente y resiliente, mucho más, de lo que Marx había presagiado.

El tercer error del marxismo actual es social: apela a una clase obrera altamente heterogénea en su percepción política, encontrándose en ella tanto conservadores como progresistas, revolucionarios como reaccionarios. La sociedad, si la dividimos en estas cuatro fracciones, opera de modos totalmente distintos a los que podemos imaginar desde la perspectiva de lucha de clases, una explicación dualista y reduccionista que – considero - debió quedarse en la modernidad y no ser estirada para tratar de explicar con ella todas las cuestiones sociales actuales.

El grueso de la sociedad se compone de un segmento medio, alrededor del 95% de la población. Aquí encontramos a los reformistas moderados, o progresistas, a los conservadores y a una serie de matices donde se intercalan posiciones reformistas con algún que otro ingrediente derechista. Siempre llama la atención cómo segmentos muy pobres y marginados de la sociedad votan políticos que claramente representan a otras clases económicas. Esto pasa porque son conservadores. Hay conservadores ricos y hay conservadores pobres. Y sí, los pobres votan a los ricos, aunque esos ricos los desprecien. Los marxistas lo llaman alienación o falta de conciencia de clase, pero esta explicación, a todas luces, resulta insuficiente. No es que los conservadores pobres que votan a los conservadores ricos creen que estos los harán enriquecer. No. Hay una afiliación ideológica que es más fuerte que la débil conciencia de clase. No están confundidos, no olvidaron que son pobres, simplemente son conservadores. ¿No es explicación suficiente?

Aparte de ese grueso dividido en dos, tenemos a los revolucionarios, un porcentaje muy pequeño de la población que busca un cambio radical y no

se satisface con las reformas. Y, por otra parte, encontramos a los reaccionarios: una fracción también marginal que se opone fuertemente a los cambios o avances sociales. Este sector reaccionario encuentra público entre la mitad conservadora de la sociedad y generalmente propone volver a un *statu quo* anterior, un pasado ideal que no fue pervertido por ideas progresistas y revolucionarias. Los revolucionarios, en cambio, convocan público principalmente entre el sector reformista de la sociedad y prometen llevarlos a todos a un futuro mejor. Podríamos resumir esta lucha en una pulseada entre el pasado y el futuro, en la que los extremos comparten una característica: buscan movilizar al ciudadano promedio. Ambos tienen, a diferencia del centro, una energía tremenda con la que nos contagian y nos quieren convencer.

Los reaccionarios suelen venderse como revolucionarios y, al ser también muy activos y apasionados como ellos, se los puede llegar a confundir. Tienen un muy buen manejo de los sentimientos del sector conservador y aparecen con críticas fáciles, por ejemplo, “los políticos cobran mucho y son ladrones”, “les damos demasiado a los extranjeros”, “hay mucha delincuencia porque las leyes son muy blandas”. Obviamente, estas ideas no tienen nada de revolucionario, sin embargo, pueden empoderar y movilizar a un sector importante de la población. A todos nos gusta “lo nuevo”, la promesa de cambios, la energía. Por ello, lo revolucionario nunca dejó de estar de moda. La revolución vende.

El centro demócrata, como gobierno, termina siendo aburrido para la gente y, si les va mal, pues aún peor. El deseo de cambio se hace sentir y en ese momento aparece la derecha reaccionaria que patear el tablero de los conservadores y los progresistas rancios, y viene a contagiar al pueblo con esta idea de que son los únicos diferentes. Con un discurso populista y recalcitrante que apela al sector conservador y un poco de pseudorevolución para cooptar a los jóvenes, el reaccionario se abre un camino seguro, mientras que la izquierda revolucionaria no solo falla una y otra vez al tratar de radicalizar al sector progresista, falla también en interesar a los trabajadores debido a la falta de conciencia de clase.

No tiene sentido apelar a los conservadores, aun cuando sean proletarios, con un discurso revolucionario. Tampoco tiene sentido apelar a los reformistas con un discurso que huele a retroceso más que a un avance: no es deseable volver a un Estado paternalista. Para cualquier progresista, la idea de volver a modelos tanto fascistas como socialistas del pasado es una locura. Proponer que el Estado vuelva a tener poder para expropiar la propiedad privada, los medios de producción e intervenir en todos los mercados es hoy una propuesta – convengamos - poco atractiva, incluso

para los progresistas. Estas ideas funcionaron bien con niveles de desesperación muy altos en la sociedad, pero hoy no hay bases sólidas para una revolución social de este tipo.

El gran engaño del comunismo ruso fue que, tras derrocar al Estado e incluso matar al padre - zar, se volvió, una vez más, al paternalismo. ¡Qué desgracia y qué injusticia tan grande haber recorrido todo ese camino y haber derramado tanta sangre para nada! Peor aún, el modelo socialista buscó el antagonismo con el modelo democrático de Occidente, causando ambos muchísimos conflictos armados que solo responden a una lógica del poder y de la dominación por parte de unas pocas personas.

Cometemos un error lógico en nuestro pensamiento, el mismo que cometía Marx. Si en nuestra doctrina o filosofía, que podemos reducir a una ecuación, se encuentran ausentes las cosas que esperamos encontrar al final, si el resultado no es una consecuencia lógica de las partes, entonces estamos prometiendo algo que, probablemente, no podremos cumplir. Si se propone una sociedad injusta en la que se explota y se destruye, pero se tiene como horizonte un mundo perfecto, estamos ante un engaño. De este modo, Marx pretendía el comunismo: un mundo sin clases sociales, sin explotación y sin Estado; sin embargo, para llegar a ese punto había que someter a la población por medio de una dictadura obrera. Nunca iba a funcionar. De la misma forma, pretendemos que en un futuro el capitalismo solucione los problemas sociales y ambientales que el mismo sistema está causando. Es un absurdo y un error lógico.

Capítulo 7

El mito de la no violencia

Resulta muy difícil hablar de desafiar al tirano y a su monopolio de la violencia sin tocar el tema de la violencia en sí. Como ya ha señalado Peter Genderloos en entrevistas y en su gran libro *Cómo la no violencia protege al Estado*, la violencia es vista hoy como un todo y, por cierto, un todo negativo. Se permite que el Estado utilice la violencia, y aunque se la condene, es el único que puede utilizarla legítimamente; como un padre que les pega a sus hijos, se lo condena, pero nadie le discute ni desafía su

fuerza. Todo uso de violencia por fuera de ese monopolio es visto como terrorismo o vandalismo.

Bajo la doctrina de la lucha no violenta, se supone que todos los avances de la sociedad se han logrado con formas no violentas de resistencia y que “lo que se consigue con la violencia luego sólo puede mantenerse con la violencia”, como decía Gandhi. También decía muchas otras cosas lindas. Sin embargo, sería importante que nos fijáramos alrededor de qué clase de persona elegimos construir un mito. En el caso de Gandhi, ese mito tiene patas muy cortas. Si mis queridos lectores se ponen a buscar verdades sobre este personaje histórico en la web, encontrarán muchas cosas acalladas por la historia fabricada.

Mi problema, igualmente, no es tanto con el ídolo de la no violencia, sino con la doctrina que ha dejado como legado. Es cierto que la lucha pacífica, las protestas y las marchas sirven para conseguir algunos beneficios del Estado y hacerlo retroceder otorgando algunos derechos. El resto seguirá igual. No es trata de otra cosa que una propuesta que busca acelerar el pasaje entre un Estado paternalista a un Estado democrático. Una vez conseguido esto, todos pueden dormir tranquilos, mientras las bases de la explotación y las desigualdades persisten. Es una forma de protesta que busca persuadir al Estado, no desafiarlo directamente; por tanto, este se reconfigura para seguir operando.

Tampoco es cierto que se hayan conseguido grandes cambios de manera pacífica sin que detrás se dieran situaciones de violencia directa o potencial. Es sencillo. Si sacamos diez millones de personas a las calles, por más pacíficas que digan ser, es un riesgo gigante de levantamiento popular; están siempre a un paso de la revolución. Diez millones en las calles significa que la desesperación de la sociedad ha llegado a su límite y solo hace falta una chispa para que todo se vaya al diablo. Entonces no, no es “violencia”, pero es una amenaza muy seria y el Estado no es tonto.

Es curioso cómo este modelo de sociedad infantilizada pretende que nos subordinemos al padre, el Estado, otorgándole herramientas diferentes a las que nos permitimos a nosotros mismos. El Estado es el único que tiene la potestad de espiarnos, juzgarnos, reprimirnos, educarnos. Su poder es incuestionable, siempre que actúe en su justa medida. Si se pasa de la raya, se critica esa trasgresión, como la brutalidad policial o la corrupción política, pero siempre el sistema va a ser tan injusto como nosotros le permitamos serlo. Siempre querrá ganar terreno; irá avanzando y retrocediendo, generando una ilusión de victoria cada vez que retroceda y una sensación de una mayor opresión cuando avanza.

Le otorgamos el monopolio de la violencia, mientras decimos que “lo que se consigue con la violencia solo se puede mantener con violencia”.

Perfecto, entonces respetamos esta regla, ¿pero vamos a permitir que el Estado nunca la respete? Sí, el Estado ha conseguido el poder por medio de la fuerza y sí, lo va a mantener por la fuerza. Al no utilizar la violencia para combatirlo, puede que seamos moralmente superiores, si bien, a la realidad de los hechos, esto no cambia absolutamente nada. “Ojo por ojo y todo el mundo acabará ciego”, también totalmente cierto, sin embargo, al tratar de detener esta violencia y no permitir que siga escalando, le entregamos las riendas de nuestro destino a unos psicópatas. La violencia, según sostiene esta doctrina, es siempre la misma cosa, condenable de igual modo si la ejerce el atacante, el defensor o la víctima. Al plantarle cara al agresor y utilizar la violencia, argumenta, nos acabamos convirtiendo en eso mismo que queremos combatir. Sería algo así como “poner la otra mejilla”. Pues llevamos siglos poniendo la otra mejilla al poder ¿y saben qué? El poder es cada vez más fuerte.

No hay cosa más paternalista que la religión cristiana y, por ello, se combina tan bien con el Estado. En estas ideas de la no violencia se encuentra, creo, el culmen del pensamiento del esclavo, tan esclavo que ha creado un dogma alrededor de una supuesta superioridad moral del ser esclavo. No estoy, sin embargo, planteando que las formas de lucha no violenta sean todas iguales, ni que sean pasivas. Son muy importantes y necesarias, pero tienen un tope de alcance que ellas mismas se ponen: un techo marcado por su carácter reformista.

Siempre que suceden protestas pacíficas masivas - como marchas con carteles o incluso paros - y aparecen los disturbios y el vandalismo, se suele tildar de infiltrados y alborotadores a quienes llevan adelante estas acciones; en el mejor de los casos, se los considera personas que no entienden lo que hacen porque actúan por el impulso de la bronca y dan razones para criminalizar la protesta. Y la criminalización de la protesta funciona muy bien, justamente, porque hay muchas personas creyendo que la única forma legítima es la protesta pacífica. Es más, si hace falta, con la ayuda de los grandes medios de comunicación se puede criminalizar cualquier cosa.

Supongamos que hay una situación de brutalidad policíaca de tinte racial en la que jóvenes de un barrio bajo son todo el tiempo demorado, hostigados y hasta torturados por la policía. Nace una protesta de vecinos. Juntan firmas. Van hasta la comisaría. Se plantan allí con carteles y no hacen nada. ¿Cuál será la consecuencia de esa acción? Probablemente nula. Han expresado su descontento, sí. A lo mejor, si son muchísimos, llamará la atención del

comisario y este preguntará a los oficiales si saben algo de eso que dicen los vecinos. Esta acción, si no tiene ningún riesgo para la comisaría, no pasará a mayores, no va a cambiar nada probablemente. Hay un supuesto por el cual el fracaso de la lucha pacífica de unas cuantas personas ocurre porque, en realidad, ellas no manifiestan el deseo de la mayoría de la sociedad. De este modo, está bien que no pase nada. Se ignora en este caso que la gran mayoría ni se entera de lo que sucede y, si lo hace, como no les toca de cerca, no están en posición de opinar realmente, ni le interesa hacerlo. La democracia usa a esa “mayoría silenciosa” como un peso muerto para ignorar los reclamos de supuestas minorías, que muchas veces son, en realidad, una mayoría local, o una mayoría local reformista.

Supongamos que, en este mismo ejemplo de brutalidad policial, en el barrio viven dos mil personas, de las cuales solo salieron a manifestarse cien.

Entonces, ¿se puede decir que es una minoría? Imaginemos otro escenario: los vecinos van hasta la comisaría, queman gomas, cortan la calle, insultan a todo policía que ven allí, tratan de ingresar a la comisaría, tiran piedras, lanzan una molotov, golpean a dos oficiales y destruyen vehículos. Hay cincuenta detenidos. Llegan los medios. Todo es un caos. Los reprimen, la gente se repliega. ¿Qué consecuencias creen que va a tener esta acción? Hoy no se puede - o no se pudo en ese caso - desafiar el monopolio de la fuerza del Estado, pero es claro que el camino del disturbio es mucho más rápido y contundente para conseguir algunos resultados. La violencia que ejerce la pueblada contra la comisaría es en defensa propia y es absolutamente legítima; es más, la gente de los barrios bajos lo entiende mucho mejor que la clase media aburguesada.

Hay otra forma de usar la violencia, fuera del marco de protestas masivas, que se caracteriza más como acto terrorista. Son los ataques a objetivos relacionados con la opresión sistemática a la que nos someten. El asesinato del jefe de policía Ramón Falcón por parte del anarquista Simón Radowitzky, el 14 de noviembre de 1909, es un ejemplo cercano. Veamos qué decía Severino Di Giovanni al respecto:

“Tú haces un trabajo que te gusta, que tienes una ocupación independiente y a quien el yugo del patrón no molesta mayormente; tú también que te sometes resignado o cobarde en tu calidad de explotado: ¿cómo te atreves a condenar así, tan severamente, a aquellos que ha pasado al plano de ataque en contra del enemigo? Una sola cosa te queremos decir: “¡Silencio!”, por honestidad, por dignidad, por fiereza. ¿No sientes el sufrimiento de ellos? ¡Cállate! ¿No tienes la audacia de ellos? Entonces, otra vez ¡cállate! Cállate, porque tú no sabes las torturas de un trabajo y de una explotación que se odian.”

Los actos individuales que llevan la violencia al enemigo son también actos en defensa propia. Considero que son algo similar a una revolución, pero llevada al plano personal y cargada de una gran desesperación y frustración. De por sí, son actos desesperados, porque un solo individuo o un grupo rara vez tienen la esperanza de cambiar las cosas con su acción o de salir ilesos de lo que están haciendo. Saben que la maquinaria del poder los va a alcanzar. Saben también que la mayoría los condenará por desafiar a los tiranos. Ni en la época de Severino, ni menos ahora, creo que sea un camino que logre cambiar las cosas; para la mayoría serán solo actos terroristas de unos locos y los medios de comunicación harán lo imposible por tergiversarlo todo. Sin embargo, sería importante, que aquellos que se consideran revolucionarios, que luchan por un mundo mejor y saben que están oprimidos por este sistema, por esta maquinaria del poder, que al menos entiendan que hay gente en una situación peor y que sigan el consejo de este gran luchador y tengan la nobleza de callarse.

No se puede hablar de la violencia como un todo. No se puede juzgar con la misma vara al que la ejerce desde el Estado, sistemáticamente, cínicamente, por cientos de años, que a quien la ejerce como un acto puntual en busca de justicia, o a una comunidad que se defiende con las pocas armas que tienen para resistir a un Estado opresor. Obviamente, los reformistas tibios no quieren ninguna revuelta; no es difícil que compren el discurso conformista de la televisión si ellos mismos no sienten en la piel el yugo de la explotación. Los llamo, sin embargo, a cuestionar sus privilegios, a no juzgar a quienes llevan la lucha a un plano que ustedes hoy no entienden porque no sienten empatía por los demás. El anarquismo es un sentimiento de amor y altruismo por la dignidad humana contra toda opresión. Sí, ese amor se puede expresar en rabia y odio, y no es fácil explicarle a un conservador cómo es que revolver una molotov es un acto de amor, allá ellos. Los revolucionarios somos hombres y mujeres apasionados a los que no les van las medias tintas.

Los comunistas se dieron cuenta hace tiempo de que las protestas solas no iban a servir. En el *Manifiesto* encontramos una guía muy clara de acción que incluye formas no violentas de protesta - como paros, huelgas, bloqueos, boicots y manifestaciones -, pero estos no son un fin en sí mismo. Tampoco tienen que ver con la falsa esperanza de que cambien el orden de las cosas, por más que logren arrancarle alguna que otra victoria a los burgueses y hacerles perder terreno en la distribución de riquezas. El comunismo no se hace ilusiones; por ello fue un verdadero movimiento revolucionario y dio los frutos que todos conocemos. Sus errores ya fueron largamente discutidos y no quiero volver a esas críticas trilladas, solo

manifestar que la acción no violenta de la clase obrera tenía como objetivo primario la unión de los trabajadores para la posterior revolución armada. Fue, de hecho, una forma muy astuta de oposición, al utilizar los medios que el sistema mismo le dio, fue avanzando por el camino legal, siempre al borde, y, cada tanto, tanteando la posibilidad de tomar alguna fábrica, hasta que el terreno estuvo preparado y lo legal ya dejó de importar. El monopolio de la fuerza ya había dejado de existir porque el movimiento obrero había crecido tanto que se volvió imparable.

Capítulo 8

El balance de las fuerzas

Tanto a nivel global, en geopolítica y en economía, como a nivel interno en cada uno de los países, existe un balance de las fuerzas. Hay una puja dinámica, una tensión permanente entre los actores involucrados. Es evidente que el balance existente es injusto, de hecho, más que un balance es una situación de explotación que ha ganado legitimidad, se ha normalizado.

Rusia es una potencia militar y un país enorme, se sobreentiende que sus vecinos más chicos, y sobre todo los países de la ex URSS, están bajo su influencia. Pueden llamarse independientes, pero la mayoría no son realmente libres. Sus gobiernos están atados a Moscú y tan pronto el pueblo quiere salirse de su sombra, Rusia los invade o interviene de maneras menos obvias. Estados Unidos, por otra parte, también es una gran potencia y tiene a muchos países bajo su dominio económico. Llegado el caso los puede invadir, pero siempre es más fácil y menos arriesgado tejer disputas, apoyar oposiciones o financiar golpes de estado para poner un gobierno títere. Algo similar pasa entre China y Taiwán, la tensión es permanente, el balance es dinámico. Cuando Rusia invade a Ucrania, ese acto es interpretado como una escalada por parte de los rusos. El resto del mundo elige no actuar, no involucrarse directamente en la guerra. Apoyan a Ucrania con armamento, sí, esto es, no quieren escalar la situación a un nivel mayor, pero tampoco quieren quedarse cruzados de brazos. ¿Por qué?

Porque el statu quo beneficia al poder, ¿para qué arriesgarse? En todas y cada una de las guerras sucede lo mismo: los países no involucrados directamente observan de costado y de lejos los acontecimientos, incluso si se trata de una masacre o un genocidio. Todos los presidentes van a hablar sobre su preocupación por la paz mundial y, en la gran mayoría de los casos, no van a hacer nada. Solamente van a responder aquellos a los que les han pisado la cola, un hecho en el cual estén en juego sus intereses.

De esta manera, los países pobres estamos a merced de los países ricos. Frente al orden mundial estamos desamparados, subordinados económica y políticamente. Peor aún si tenemos la desgracia de caer en la mira de algún país más fuerte. Sin embargo, el estado de las cosas se mantiene en gran medida por su aceptación simbólica, cultural.

La opresión sobre el pueblo es doble: viene del orden mundial, obligando al país a subordinarse a las reglas de un mercado global, y también del propio gobierno, que por lo general no hace otra cosa que perpetuar esas demandas localmente. La dominación está normalizada, pero, además, cada vez que el gobierno escala, esto es, aplica más ajustes, más represión, más impuestos y menos servicios, el pueblo se ve en la disyuntiva: ¿equiparar la escalada o sufrir un poco más?

A nivel global, en las guerras agresivas que han llevado adelante las potencias, existe una idea bastante fundamentada históricamente: el agresor no se detiene por sí sólo. Cuando al imperio se le cede territorio y poder, al tiempo vuelve por más. Esto pasó con Hitler, pasó con Stalin y con tantos otros. Cuando el agresor escala y no encuentra una respuesta disuasiva, interpreta eso como luz verde para atacar más y más. ¿Por qué? Porque la máquina del fascismo tiene que seguir funcionando, de lo contrario es más difícil sostener el orden interno, como vimos en el capítulo sobre la guerra.

Cuando un gobierno aplica medidas brutales de ajuste y la sociedad no responde, sucede lo mismo que cuando un país ataca a otro y no recibe una respuesta contundente. En ambos casos, el opresor se sale con la suya y se establece un nuevo statu quo. Hay una creencia general bastante ingenua que sostiene que las leyes internacionales protegen a los países chicos de la agresión de los grandes, de la misma manera que las leyes y la constitución protegen al pueblo de sus gobernantes. Desde luego, no es así.

Lo que está detrás de cada ley, de cada acuerdo internacional, de cada artículo de la constitución, es la capacidad de determinados actores de ejercer la fuerza por sobre el trasgresor. Todo acuerdo se mantiene, en definitiva, por la fuerza. Con el tiempo, esa fuerza se vuelve más conceptual, abstracta y teórica. Puede suceder, y sucede a menudo, que los

acuerdos una vez respaldados por la fuerza dejaron de estarlo. Entonces aparece el trasgresor que escala, tensiona, agrede, y no recibe un golpe porque o bien la fuerza que mantenía ese acuerdo ya no existe, o bien porque quienes deberían aplicarla están acobardados y no quieren equiparar la escalada de tensión.

La narrativa, la construcción de una cultura de la obediencia y del temor a mayores represalias son muy importantes para la domesticación del pueblo. Creemos que la ley es sagrada, que los límites morales son marcados por ella, no porque es un acuerdo que requiere de una fuerza para mantenerse. De esta manera, cuando interiorizamos y normalizamos el arquetipo del buen ciudadano, cumplimos con la cita de Jean Rousseau que abría este libro: "El más fuerte nunca lo es bastante para dominar siempre, si no transforma su fuerza en derecho y la obediencia en deber". ¡Qué fácil se la hacemos a los opresores! ¡Qué sencillo es empobrecernos y explotarnos!

Los distintos sectores de la sociedad están ordenados según sus privilegios y, al igual que lo hacen los países, miran para otro lado mientras la guerra o el ajuste cae sobre otros menos afortunados. El ingenio, o si se quiere el arte, de los gobiernos, consiste en ir ajustando cada sector por separado. Así se evita que unan fuerzas para oponerse. Es la misma lógica que siguen los imperios: 'divide y reinarás'. Sin embargo, hay límites para el ajuste y las guerras, hay sectores que son intocables porque pueden golpear a los gobiernos donde duele y están muy bien organizados, no como la gente de a pie. No es tarea sencilla recortarles ganancias a las multinacionales, no es fácil atacar a un gigante, por eso se ataca al débil, y así, se profundiza la desigualdad.

No hay que tener miedo a escalar la tensión en respuesta a una agresión. De manera unificada, es posible no sólo evitar el ajuste y las guerras, sino llevar el balance del poder a otro lugar, donde la gente es la que dicta la dinámica de la tensión y no sólo responde. No sólo atajar la lluvia de golpes del poder, sino ser nosotros, el pueblo organizado quién tenga arrinconados a los gobiernos. No sólo defender a los países pobres frente a la agresión de las potencias, sino oponerse con independencia real. Somos nosotros, en última instancia, la sangre que da vida a estos poderes y sólo por medio de la cultura es posible gobernarnos. No por la fuerza. A la larga, ningún poder puede sostenerse sólo con la fuerza: sin legitimidad, se derrumba. Nuestro mayor error es aceptar las reglas de juego impuestas por el Estado y que, a los ojos del pueblo, transgredirlas sea visto como un crimen.

¿Cómo podemos escalar la tensión los trabajadores? ¿Qué podemos hacer para responder a las constantes arremetidas de los gobiernos contra nuestra calidad de vida, nuestro salario, nuestros servicios, la inflación?

Históricamente, los campesinos, cansados del maltrato de los señores feudales, se levantaban en armas. Otras veces formaban comunidades libres. Se defendían del yugo de los reyes con fuerza propia y muchas veces pagaban el precio más alto por su rebeldía. Eran otros tiempos, sí, pero los campesinos en general eran dueños de sus tierras por lo que tenían un arraigo muy fuerte y un sentido de comunidad que les permitía organizar una resistencia. Cuando el capitalismo se impuso, los campesinos fueron privados de poseer los medios de subsistencia propios, los transformaron en lo que solía ser lo más odiado y despreciable: el trabajador asalariado. A pesar de ello, la clase trabajadora se fue organizando en diferentes partes del mundo y encontraron formas de escalar la tensión con los burgueses. De manera conjunta se tomaban fábricas, se hacían huelgas, se marchaba y se protestaba de maneras que hoy a muchos les parecería una locura total. Como ya se mencionó antes en este libro, las huelgas no eran un fin en sí mismas, sino que tenían por objetivo la unificación del proletariado, pero dejemos eso de lado por un momento. Dejemos de lado las ideas revolucionarias o comunistas. Dejemos de lado la discusión de si es razonable exigir algo a los burgueses o al Estado siendo que en realidad su gobierno y poder son ilegítimos. Quiero señalar algo diferente: estas formas de escalar la tensión, o al menos equipararla respondiendo al permanente ajuste en beneficio de los explotadores, hoy ya prácticamente no existen. ¿Cuándo fue la última vez que escucharon hablar de una huelga general? ¿De una toma de una fábrica? De hecho, en el pensamiento de muchos está instalada fuertemente la idea de que nada de eso sirve, que no hay que participar de las protestas porque eso es de vagos. De la mano de la corrupción sindical, que fue negociando con el poder y bajándole la intensidad a la resistencia organizada de los trabajadores, hoy ya no tenemos una forma de equiparar la escalada de tensión con nuestros señores. Marchas pacíficas, intentos de boicot de productos para demostrar que “la fuerza la tenemos los consumidores” o alguna otra fábula progresista.

La lucha está deslegitimada, el ideal parece ser trabajar aceptando cualquier condición sin queja porque si no me gusta me puedo buscar otro trabajo. Pero ¿cómo se logró reducir, desunir, atomizar, la lucha de los trabajadores? Más allá del trasfondo, que es el avance del capitalismo que nos vuelve más y más individualistas, el poder ha recurrido a una serie de prácticas para fijar un nuevo statu quo. Las dictaduras militares en América Latina tuvieron como objetivo principal destruir la lucha de los

trabajadores por medio del terrorismo de Estado. Sin embargo, frente a los ojos de la población actual, parecen haber sido un exabrupto fascista. Se cree que se mató y desapareció a personas revolucionarias y luego, por presión social, se cedió el gobierno a la democracia. No vemos la función sistémica que tiene la autocracia, la dictadura, las represiones más severas. No sólo desarticulan la resistencia que pueda equiparar la escalada del ajuste, establecen con su avance brutal un nuevo techo de reclamos, un nuevo statu quo.

El gobierno democrático es visto como salvador, pero no restablece las condiciones anteriores. Opera sobre el nuevo piso y se aprovecha del miedo que queda en la población por generaciones. Entonces, los militares no se van porque haya una presión social, se van porque su trabajo está terminado. Abren paso a un gobierno democrático para evitar la conflictividad a largo plazo porque, aunque no lo digan, saben que su gobierno autoritario siempre es ilegítimo.

Así es cómo el ajuste va tomando forma, siempre serrucho para abajo. Nos genera un alivio que el gobierno de facto se vaya, sí, pero ¿qué es lo que deja como norma? Tierra arrasada, miedo, una colectividad atomizada, resignada al individualismo. Esta es una idea que tuve hace muchos años y por ser tal vez muy polémica no la pude desarrollar: un gobierno autocrático – una dictadura - es, en cierta manera, más fácil de combatir. No hay máscaras, hay un fascismo tan evidente que no puede ocultarse. Si, hay una narrativa que lo trata de justificar, pero a los ojos de cualquier persona lógica nada de eso puede ser legítimo. ¿Entonces qué es lo que festejamos cuando celebramos la democracia? Por su puesto no queremos ser desaparecidos, torturados, violados y asesinados como en la dictadura, ¿pero que hay para festejar si la dictadura logró su objetivo? Por más que los represores y genocidas sean juzgados, por más que se diga “Nunca más”, ¿pudimos volver a cómo estábamos antes? Algunos dirán tal vez que no es posible volver al reparto de ganancias de antes porque las cosas han cambiado. Pues ese es el logro, el logro de haber llevado adelante un ajuste brutal por medio de la represión y que hoy creamos que ese techo de discusión en términos económicos es inalcanzable.

Hoy tenemos una realidad dónde protestar es de vagos, hacer huelga es de terroristas, ¿Qué herramienta nos queda? El sistema nos impulsa a caer en la resignación de la “salida individual”. La democracia y la dictadura juegan con nosotros el juego de “Policía bueno y policía malo”, sentimos un alivio cuando el bueno regresa, pero sólo lo hace para afianzar lo que logró el malo por medio de la tortura y la extorsión.

Cuando el ajuste sucede, como ahora en la Argentina bajo el gobierno de Milei, se sostiene que el mismo era inevitable por el estado de las cosas: una inflación insostenible, un exceso de gastos estatales en servicios, etc. La clase trabajadora, rendida, acepta. No hay fe alguna en que se pueda seguir resistiendo, la inflación le gana al salario año tras año, todos queremos una solución permanente y estable. Pero la inflación “es” un indicador de resistencia, evidencia una puja en el mercado por los precios frente a una puja de los trabajadores por el salario. No se ponen de acuerdo. Los precios suben porque los burgueses quieren ganar más, entonces el gobierno y los sindicatos acuerdan una suba salarial acorde que vuelve a disparar la inflación. Los empresarios no pueden reducirnos los sueldos, porque eso sería muy evidente, entonces suben los precios con la excusa de que otros también los suben... Curiosamente, cuando llega la crisis, y en el capitalismo, como bien sabemos, es un estado prácticamente permanente de las cosas, los que tenemos que pagar los platos rotos y ajustarnos los cinturones somos los trabajadores, mientras que las grandes empresas siempre ganan. De alguna manera esa siempre es “la solución”, no importa cuantes veces fracase.

Frente a estas escaladas del poder por explotarnos más y más, ¿Cuál es el rol de la policía? Su función es mantener el orden, sí, pero ¿qué orden? Ellos no van a evitar una escalada por parte del poder, siempre van a estar para detener la equiparación de la escalada por parte del pueblo. Supongamos que un buen día, al presidente se le ocurre subir todos los impuestos al 500%, ¿qué puede hacer el pueblo en respuesta? Salir a las calles con carteles. Bien. Supongamos que eso se hace y no pasa nada, ¿qué más? Tal vez tomar una fábrica, cortar una calle, irrumpir en la casa de gobierno o hacer una huelga. Allí estarán los policías impidiendo que eso suceda. Entonces es muy claro, el orden que protegen es el orden de la explotación, son los vigilantes de los esclavos que no tenemos ningún derecho real mientras que el gobierno hace lo que quiere. Todo está maquillado para que parezca legítimo a los ojos de los ingenuos, pero no hay que olvidar que este desbalance de fuerzas brutal puede ser revertido. Así como en el mundo hay un balance de fuerzas que no permite que una sola nación tome el control de todo, de la misma manera debería haber, en la sociedad, distintos sectores con poder suficiente para que ninguno pueda ser un dictador. De hecho, la división de poderes del Estado fue pensada, supuestamente, con esa intención, cualquier liberal lo defiende a muerte. En la práctica esa división de poderes es una pantalla. Un presidente puede poner jueces a dedo, gobernar con mega decretos anulando así al poder legislativo. Luego vetar toda aquella ley que no le guste. Aun cuando

funciona “bien”, esta división de poderes sólo está para repartir las cosas entre los poderes económicos y luchar unos contra otros por las sillas.

Frente a la avanzada actual de las derechas en el mundo, ¿Qué se puede responder? ¿Cómo se puede equiparar la escalada de tensión frente a un fascismo que avanza? Parece contraintuitivo, de hecho, responder de la misma manera a sus permanentes ataques porque el sentido común nos sugiere tratar de bajarle el tono a la discusión, no caer en la violencia. Entonces tenemos que aceptar los discursos de odio porque son una forma de libre expresión, tenemos que normalizar que se oprima más y más a distintas minorías y a los trabajadores porque no tenemos una forma legítima de oponernos. Nuestros “representantes”, personajes cada vez más bizarros, salen con narrativas delirantes, desafiando la historia y la memoria. No parece haber nada que les ponga un freno. El odio que siembran luego estalla en la sociedad, son directamente responsables. Aun así, cuando un justiciero solitario mata a un propagandista, esa acción es considerada una escalada fuera de lugar. Los progresistas la calificarán como un horror, aunque harán la salvedad de que el asesinado era un monstruo. Los fascistas dirán que era un santo y reclamarán por la libertad de expresión, al tiempo que escalarán la violencia estatal aún más, justificándose con un hecho aislado. Tal vez hasta dirán que están en guerra ahora, una guerra que ellos mismos empezaron y que los progresistas se niegan a ver.

Entonces, ¿es mejor no escalar? Esa parece ser la conclusión de un pueblo resignado. Nos matan, nos oprimen, nos explotan y en respuesta a todo eso hacemos memes. Porque no parece haber nada que hacer, la militancia política es un fraude, “la calle” es escenario de una lucha partidaria, un despliegue de soldados ideológicos como muestra de fuerza. Todo eso con la intención de persuadir al poder para que les baje el tono a las medidas de ajuste. ¿Es broma? Es que no tenemos formas de equiparar la escalada económica: nos empobrecen día a día y qué se supone que tenemos que hacer para devolverle el golpe a las empresas ¿dejar de comer? La violencia física parece fuera de lugar cuando lo que está en juego es la economía, o las medidas de ajuste, o el discurso del hater, sin embargo, son otras formas de violencia, no menos nefastas. Hay que dejar de ver la violencia física cómo una expresión de barbarie, que deshumaniza y denigra a quienes la utilizan para defenderse de otras formas de opresión.

Recuerdo muy bien, cuando en el 2017 Mauricio Macri impuso una reforma provisional que perjudicaba a los jubilados. Frente a esta escalada tremenda contra el poder económico de un sector vulnerable, miles de personas salieron a las calles a manifestarse y fueron reprimidas. El ícono

de esa protesta fue un militante obrero que disparó una especie de mortero y fue perseguido hasta con pedido de captura internacional. Muchas personas en vez de criticar la medida que empobrecía a sus abuelos se la pasaron haciendo memes del “gordo mortero”, otros tantos lo denigraron y lo deshumanizaron por protestar violentamente. Claro, la violencia no era ni del gobierno ni de los policías que les tiraban gases y balas de goma, no, era de él, él estaba fuera de lugar, estaba escalando la tensión.

Es una jugada muy astuta del Estado, separar las medidas políticas, los discursos y la propaganda, de las acciones físicas. Para solucionar las acciones físicas está la policía, la gendarmería y los militares, así que si quieren vayan a medirse con ellos en la calle. Para contrarrestar las medidas existen otras medidas, esto es, vivimos en una especie de mundo platónico, dónde hay un mundo de las ideas y un mundo físico. Como los ciudadanos de a pie no tenemos acceso a proponer otras medidas, ni contrarrestar las que propone el Estado, nos vemos en esta disyuntiva: o sólo participar votando cada 4 años a un cuasi monarca nuevo, o caer en esta realidad de tener que equiparar nuestra fuerza de choque con la policía. El agravante es que, además de todas las desventajas, apenas respondemos mínimamente en la calle, frente a una represión, nos vemos envueltos en una polémica absurda.

Es lógico que no haya una salida porque el sistema está pensado de tal manera que no nos ofrece ninguna solución dentro de sus reglas de juego. Aceptarlo es resignarse a una existencia de servidumbre. Entender es el mayor desafío, entendiendo el mecanismo podemos destruirlo.

Capítulo 9

La maldita policía

Antes de que la rabia me consuma por completo, voy a escupir estas palabras en contra de la policía, una institución cuya naturaleza explica perfectamente el funcionamiento y las contradicciones internas del sistema en el que vivimos.

El 23 de noviembre, del presente 2025, Samuel Tobárez, de 34 años fue asesinado por efectivos de la policía cordobesa. Un testigo afirma que lo mataron a golpes e insultaban diciéndole “puto de mierda”. "Tenía dañado el cráneo y le faltaban dientes", dijo la madre de la víctima.

Vengo a desmentir a todos aquellos que piensan que se trata de un exabrupto, un exceso o algo que va en contra del quehacer policial y no sólo porque este hecho tenga numerosos antecedentes.

Desde las pantallas del cine de Hollywood nos venden la imagen del policía héroe, salvador, entregado a su trabajo, que investiga, combate el crimen, un Johan McClane, un Robocop. La realidad es muy distinta, pero vayamos por partes:

Siguiendo con los enunciados de David Graeber que describe los actuales “Trabajos de mierda”, el policía cumple un rol principal que es ser lacayo, esbirro y atador con alambre del sistema. En su función de lacayo es el decorado del orden social, su presencia nos recuerda que estamos siendo permanentemente vigilados. Es un teatro disciplinario: patrullar, observar, pedir documentos. Esto no combate el crimen estructural, es un ritual que hace que la población interiorice la obediencia. En su función de esbirro el policía compite con amenazas reales o imaginarias para el sistema. Protege intereses económicos o de clase. Por último, como atador con alambre, combate algunos síntomas de los problemas sociales de base, nunca atacando los problemas de fondo.

Sí, existe el trabajo policial real —el que aparece en las películas—, pero representa entre el 1% y el 5% de las tareas, según el país. El resto es burocracia, disciplinamiento, normalización y corrección, sin embargo, estas funciones se protegen de la crítica tras la égida de la imagen moral de una institución que combate el crimen.

¿Qué tan paradójico es que el mismo policía que te reprime en la protesta sea al que recurrís cuando te roban el celular? Si la institución que te controla es también la que te salva, entonces nunca podrás verla como un problema.

La pregunta es inevitable: si mañana desapareciera la policía, ¿qué imaginamos que pasaría? Caos. Saqueos. Violencia. La ley de la selva. Una guerra de todos contra todos.

¿Por qué pensamos así? Porque nos inculcaron que lo único que frena un asesinato, un robo o una violación es el miedo al castigo. No porque nosotros vayamos a cometerlos, sino por esa sospecha permanente de que

“los otros” sí lo harían. Es curioso: la mayoría vive en barrios donde la gente es amable, donde nadie se comporta como una bestia. Sin embargo, siempre creemos que en otra parte de la ciudad hay hordas peligrosas listas para venir por nosotros si la policía dejara de existir durante cinco minutos.

La realidad es más simple y menos dramática. La mayoría de los crímenes no se resuelven. La gran mayoría de las personas no se volvería delincuente, aunque no existieran policías ni cárceles. Esos dos hechos ya desarman buena parte de la ficción.

Nuestra convivencia diaria lo demuestra. Todos podríamos tratarnos mucho peor: agredirnos, romper cosas ajenas, insultar a desconocidos o robar pequeños objetos sin que nadie se dé cuenta. Y aun así no lo hacemos. No porque haya un policía en cada esquina vigilándonos, ni porque nos hayan “adiestrado” como animales de laboratorio. Lo que nos frena son acuerdos tácitos, normas de convivencia que respetamos porque sabemos que, sin ellas, la vida sería más difícil para todos. Si trato mal a la gente, me van a evitar. Si les robo, me van a enfrentar. Y si la situación escala, recién ahí aparece la policía, porque hemos delegado en el Estado la gestión de los conflictos graves. Pero eso no significa que sin Estado los conflictos no se resolverían. Lo harían de otra manera, sin cárceles ni engranajes judiciales diseñados para castigar más que para reparar.

Entonces surge una pregunta clave: ¿cómo hace una minoría —las instituciones, las fuerzas del orden, el aparato estatal— para mantener bajo control a una población de millones? Lo hace con una farsa cuidadosamente armada y repetida durante siglos.

Primero, se construye una moral que define el delito y lo qué es aceptable. Las leyes fijan primero lo que ya era un acuerdo existente. Con el tiempo, esas leyes se retuercen para servir a quienes tienen el poder. Si hay desigualdad, hambre o desesperación, algunos querrán romper esas normas, entonces entra en juego el segundo paso de la estrategia.

Se crea la ilusión de vigilancia total. Somos pocos, sí, dicen los vigilantes, pero tenemos ojos y oídos en todas partes. Da igual si cometes un delito en soledad, en silencio, en un rincón donde nadie te ve: tarde o temprano te atraparemos. Esta ilusión se refuerza cada día con titulares y noticias que cumplen varias funciones a la vez: infundir miedo, generar desconfianza mutua, mostrarnos criminales por todas partes.

El tercer paso es el castigo. La cárcel es presentada como un infierno necesario, un sufrimiento ejemplar que debería disuadirnos. Pocos se

preguntan si realmente sirve para algo que no sea destruir vidas, pero su función nunca fue reparar: es aterrorizar.

Con estas tres herramientas —moralidad moldeada desde arriba, vigilancia imaginada y castigo brutal— la obediencia se vuelve casi automática. El Estado no puede prevenir ni resolver la mayoría de los crímenes, pero el miedo a sus consecuencias basta para que ni siquiera nos planteemos actuar fuera de las reglas. Aunque muchas leyes sean injustas, si todos a mi alrededor las siguen, es más probable que yo también lo haga. Aunque viva rodeado de personas buenas, si cada día me muestran asesinos y violadores en la pantalla, voy a desconfiar de cualquiera que no conozca.

Aquí estamos, a merced de una fuerza estatal que parece omnipresente y moralmente superior, lo único que nos detiene de ser devorados los unos por los otros. Un Leviatán que hemos creado por temor a nuestra propia naturaleza y que, paradójicamente, encarna lo peor de ella. La policía es, en casi todos sus niveles, una de las instituciones más corruptas, arbitrarias y proclives a la violencia fascista. No es una mera conjetura, por dónde se mire los policías son la encarnación de las peores atrocidades a nivel civil que se pueden encontrar: son quienes amparan el crimen organizado, quienes defienden al poder injusto en contra del pueblo, quienes utilizan la autoridad para dar rienda suelta a su propio odio.

No son casos aislados. El racismo, los crímenes contra las minorías sexuales, la violencia doméstica, son moneda común entre los policías porque para querer ser parte de la fuerza hay que tener ciertos rasgos de personalidad. La forma de ser y la conducta se potencian en ese nicho, personas que desean poder, autoridad para normalizar y castigar a otros, son personas que, al sentirse legitimadas, se vuelven violentas.

¿Por qué matar a golpes a un joven al grito de ‘puto de mierda’ encaja en este ciclo? Porque para la policía, lo gay es un signo de desviación profunda, un desafío a la norma que ellos creen defender. Como vimos anteriormente en el libro, la espiral del fascismo se va construyendo con este tipo de actos de normalización y disciplinamiento. De hecho, el aparato policial es responsable de buena parte del trabajo sucio del Estado que va retorciendo nuestras vidas con burocracia, vigilancia y violencia. Son quienes atan con alambre un sistema inherentemente injusto, salvándonos de nuestros propios fantasmas.

Capítulo 10

Los orígenes nihilistas del anarquismo

Espero estar equivocado, pero creo que las personas interesadas en la historia, particularmente la del anarquismo, estamos en peligro de extinción. No falta mucho para que los hechos del pasado, las grandes hazañas, batallas e ideas sean prácticamente olvidadas, y con ellas, el conocimiento de los orígenes ideológicos y filosóficos que tanta falta hace para darle profundidad y riqueza al pensamiento. Cuando se habla sobre el anarquismo moderno, es raro escuchar hablar de sus orígenes nihilistas. Por ello quiero dedicarle un pequeño espacio en este libro, siguiendo las líneas del trabajo titulado *Los emisarios de la nada*, que recomiendo muchísimo.

¿Cuál es el vínculo entre el nihilismo y el anarquismo? El nihilismo - que viene del latín: nada - es un conjunto de ideas que tienen en común el rechazo a la divinidad, al propósito de la vida humana, a la idea de un sentido inherente a la existencia y a los valores preestablecidos. Es probable que Nietzsche sea la referencia que venga a la mente del lector o lectora, ya que fue la figura por medio de la cual se popularizaron en Occidente algunas ideas fundamentales del nihilismo. Sin embargo, es importante tener en cuenta no solo que Nietzsche no fue un nihilista, sino que sus obras retoman una forma específica de esta filosofía.

El nihilismo es en sí tan antiguo como la idea misma del rechazo de dios. Parte de esta filosofía estuvo dando vueltas por nuestra historia desde sus inicios, aunque no tomó forma concreta en la modernidad hasta Arthur Schopenhauer, pensador en cuya obra se posiciona Nietzsche para ofrecer una visión superadora de su nihilismo pasivo o pesimista. Paralelamente, surge en Rusia un movimiento revolucionario, basado en el nihilismo, que desafía el orden establecido: el zar, la burguesía y la moralidad de su tiempo. El movimiento en cuestión, que nace en un principio en ciertos círculos académicos, lleva su indignación por la desigualdad imperante en Rusia a una lucha contra los funcionarios de turno, incluso logra un regicidio. Con la revolución socialista, algunos de los nihilistas que formaban parte del movimiento se incorporaron a los comunistas y otros a los anarquistas. La bandera y símbolo nihilista de la época era el color negro. Desde entonces y hasta ahora es también el color adoptado por el anarquismo junto con el rojo, o la letra A. En esta referencia creo que está muy clara la influencia del nihilismo sobre el anarquismo en sus orígenes.

De hecho, si vemos el accionar e ideas, ambos tienen muchísimos puntos en común.

El nihilismo ruso - lejos de promover la resignación, la apatía, o la búsqueda de escapes de la vida en sociedad, propias del nihilismo pasivo – fue la canalización de la furia contra las imposiciones del Estado y las normas morales absurdas. Cuando leemos sobre la forma trasgresora y provocativa en la que se comportaban los nihilistas rusos de la época, burlándose de la burguesía, las jerarquías y las autoridades, encontramos bastante parecido con los anarquistas y también con la manera desafiante que tenía Nietzsche de presentar sus ideas. Mientras más leemos a este filósofo, más puntos en común podemos encontrar entre su postnihilismo y el anarquismo, ya que ambos, en definitiva, parten del rechazo activo al orden establecido y creen en la capacidad del ser humano de autogobernarse, de no ser dirigido como un esclavo por otros.

Nietzsche habla de su rechazo a la debilidad, pero no desde la crueldad, sino desde la necesidad de superar esa debilidad sin depender de otro más fuerte, esto es, sin provocar una asimetría en las relaciones de poder que dañan al débil, ya que generan dependencia. El anarquismo, en este sentido, al promover la acción directa, responde exactamente con la misma lógica: la única forma de romper la asimetría es empoderarse, dejar de pedir al gobierno o a las autoridades por nuestro bienestar, es emanciparnos como humanidad. Notoriamente, Nietzsche propone un camino individualista y se centra en la libertad negativa, mientras que el nihilismo ruso y el anarquismo colectivista apuestan también a la libertad positiva y luchan por la igualdad de base, siendo conscientes de que estos objetivos tienen que ser alcanzados sin perpetuar las relaciones de poder.

En esencia el nihilismo puede ser pensado como la acción de socavar valores. Trabajo, democracia, meritocracia, nacionalismo, religión, Estado, son valores, o instituciones que encarnan valores, que se criticaron a lo largo de este libro. Se los fue despojando de su moralidad, se los socavó, pero no simplemente porque están podridos, se propuso en su lugar valores nuevos, algo que el nihilismo clásico no haría. Se limitaría a destruir teniendo la esperanza, o la certeza, de que después de eso algo nuevo aparecería.

A diferencia del nihilismo, el anarquismo es, esencialmente, humanista, pero no desde una perspectiva ingenua. No cree en que el ser humano es bueno por naturaleza o alguna otra fábula antropocentrista. El anarquismo es un humanismo oscuro. Está consciente de la debilidad del ser humano, de su ambición por el poder, su capacidad de hacer daño, su lado más

perverso. También sabe que buena parte de lo negativo es producto de una cultura y que puede ser revertido. El anarquismo no cree en un mundo ideal, ni en una sociedad perfecta, sino propone medidas para una cultura más sana que limitará al máximo nuestros vicios. No somos ni buenos ni malos por naturaleza, tenemos el potencial de serlo, de desarrollar mejores o peores habilidades, según el sistema en el que estemos insertos.

Sabiendo esto, los anarquistas proponemos sociedades en las que hay límites para el poder, las autoridades, la opresión y la violencia, a diferencia de las sociedades actuales en las que se limitan ciertos tipos de violencia, pero se potencia una opresión sistémica y brutal.

Epílogo:

Sin miedo a la contradicción

Históricamente, el Estado paternalista, cuyas características hemos conocido a fondo en este texto, ha sido un enemigo acérrimo de la crítica. Decir algo en contra del rey, del sistema o de la iglesia fue, durante siglos, una sentencia de muerte. Esto ha cambiado en Occidente, bajo el sistema democrático capitalista, pero lejos de aproximarnos a una liberación, ayudó a atenuar el malestar de la explotación, lo transformó en algo psicológicamente más tolerable. Los políticos ya no le temen a la crítica, es más, podemos salir a los gritos a hacer propaganda de que el sistema no sirve, podemos publicar investigaciones sobre la corrupción política, guerras o represión policial. Todo eso está, hasta cierto punto, aceptado. Se nos permite quejarnos por lo bajo, se nos permite hacer humor, hacer memes riéndonos de los que gobiernan, hacer nuestro propio canal de youtube o de telegram y decir, prácticamente lo que queramos. Todo eso se pierde en la vorágine de los contenidos disponibles, decir las cosas que sentimos alivia el malestar, incluso genera una sensación de aceptación y comprensión por medio de likes, vistos o suscriptores.

En el fondo, la mayoría puede estar de acuerdo en que el gobierno, así como está planteado, no funciona. El sistema de hoy no necesita que creas en él, eso no representa ningún riesgo: no te pide que creas en dios, ni que

participes de la vida pública. No necesita que creas que es justo, sólo necesita que aceptes que es inevitable.

Lo que contribuyó mucho a esa idea fue la caída de la Unión Soviética porque antes sí se creía que hay una alternativa, por ello también el movimiento obrero en todo el mundo era mucho más peligroso. Si no tenemos un horizonte distinto, la lucha siempre va a ser reformista.

¿Pero cuál puede ser ese horizonte? ¿Qué sistema puede funcionar, que no sea capitalista ni socialista?

El problema no está en el nombre, sino en que un sistema basado en otros valores requiere de un planteo distinto de comunidad que sólo puede darse desde la base poblacional. Para lograr esto, hay que revertir cientos de años de adoctrinamiento y ganarle de mano no solamente a la propaganda diaria sino también a gran parte de la cultura instalada en la sociedad, construida y compartida. Hay que ganarle a la comodidad de la obediencia. Hay que ganarle a la seguridad de la servidumbre eterna. Hay que contagiar ese deseo de novedad, de riesgo y de rebeldía.

Las personas hemos desarrollado defensas psicológicas, nos aferramos al orden y a la quietud, a la previsibilidad. Es muy difícil movernos de esa posición. Son capas y capas de una cebolla protectora. Una armadura que llevamos puesta: “no queda otra”, nos dicen desde que nacemos, “el sistema no se puede cambiar”, adaptate, acostúmbrate.

Y aquí vienen las “soluciones” actuales, formas de atenuar toda esa frustración: estoicismo moderno, moralismos individualistas que ya vimos, partidismo que nos presenta una ilusión de cambio dentro del mismo sistema. “Acepta lo que no puedes cambiar” nos dice el estoicismo. Es obvio que individualmente hay muchas cosas que no podemos cambiar, pero el otro es cada vez más difícil, más distante, más temido.

No importa cuantas cosas se digan, las personas quieren “la solución” a todo. En lo posible que sea fácil y que no implique mucho trabajo ni riesgos. Peor aún, muchos ya están resignados, lo que no es otra cosa que una victoria del sistema: “Yo no voto porque los políticos son todos iguales” o “Total están todos arreglados entre ellos, ¿para qué votar?” Incluso cuando nos rebelamos contra el sistema lo hacemos en el marco previsto por él. Y así, en la escena surgen personajes que dicen no ser políticos, y muchos los votan porque, justamente, representan para ellos ese sentimiento “apolítico”. Lo que termina pasando es que, gracias a la corrupción, la gente descrea de la política, entonces se involucran cada vez menos, dejando el camino libre para más corrupción. Creemos que

hacernos a un costado es un acto que le quita credibilidad al gobierno, que desafía las normas y pone de manifiesto nuestro desacuerdo. Tengo una noticia para todos los que piensan así: lo único que hacen es facilitarles el trabajo a los políticos. Ellos no necesitan su apoyo. Bien podría presentarse un 20% a elecciones y, así y todo, seguirían con su circo.

Simplificar es sencillo, todos caemos en esa trampa de una u otra manera. Para vivir día a día nos armamos de un relato sobre nosotros mismos, nuestra propia historia, un relato sobre la sociedad. Esa narrativa está llena de generalizaciones, prejuicios y simplificaciones porque no es humanamente posible conocer todo, y lo que no conocemos lo inventamos. Llenamos los huecos vacíos de conocimiento con lo que sí conocemos. De esta manera “los políticos son todos iguales” porque conozco a varios que son corruptos y me es fácil extender este conocimiento a los demás. Correr el velo de esta ignorancia requiere de un gasto energético: salirse de la comodidad, aceptar el riesgo de, tal vez, estar equivocado en algunos casos. Todas las ideologías nos ofrecen un lugar de comodidad: explican el mundo en base a estereotipos, generalizaciones, prejuicios. Pero lo explican. Y eso da una sensación de seguridad. Si yo digo que la vida social se resume en una lucha de clases y hay sólo dos: los trabajadores y los capitalistas y, encima, unos son buenos y los otros son malos, es una forma muy fácil de ver al mundo. Si yo digo que el Estado y todo lo relacionado con él está mal y las personas somos víctimas, también es una forma fácil de ver la vida. Esto representa el sentido de la frase que abría el presente libro: “... Detrás de cada uno de los conceptos que exponemos hay personas sufriendo, siendo alienadas e invisibilizadas...” porque con estas generalizaciones nos olvidamos de lo real, de lo tangible, lo cotidiano. Las ideologías instrumentalizan nuestra forma de pensar. Quitan complejidad. Simplifican los debates y nos aíslan. Incluso cuando sostenemos que “las ideologías están mal” estamos cayendo en una terrible simplificación.

No decimos que somos anarquistas para escapar al debate político y eximirnos de participar de la vida de *la polis*. Todo lo contrario. Es fácil caer en la trampa de la simplificación y el relato, el anarquismo nos enseña a ser críticos con eso, por ello lo propongo como “la solución”. Es que nuestra forma de pensar está moldeada, formateada por este sistema, dónde el capitalismo se nos presenta como natural e inevitable. Cualquier otra cosa nos parece una utopía. ¿De qué sirve que yo describa cómo funcionaría una sociedad perfecta, sin autoridades y basada en la ayuda mutua? Si no hay una voluntad real para el cambio siempre habrá una excusa para no hacer nada.

Para que haya una transformación real, creo que “lo utópico” es esperar un cambio en la mayoría de la sociedad. La idea de trabajar desde las bases hasta que haya una consciencia es muy noble, y puede aportar, pero es una gota en el océano de la propaganda y la cultura ya existente. No. Pensémoslo así: hoy una minoría está acabando con la vida de la mayoría. Hipotecando su futuro, destruyendo su naturaleza. Embruteciendo. Empobreciendo. Nos han transformado en esclavos. Esa minoría está enquistada en el poder, no se van a ir porque se lo pidamos amablemente. La única forma de cambiar esta realidad es la revolución social. No necesariamente de la mayoría, puede ser perfectamente una parte de la población que esté comprometida. Lo que se necesita es cambiar la dinámica del poder, conseguir pluralidad y dinamismo. No ocupar el lugar de poder, no acapararlo por medio de una junta o una élite más consciente, sino destituirlo. Tantas veces como sean necesarias. Es un sistema cuyos mecanismos son autoreproductivos. Se benefician mutuamente para seguir operando, esto es, explotando y oprimiendo, sacando todos los jugos de nosotros y de la naturaleza. Se debe demostrar que otra forma de hacer las cosas es posible.

Sin embargo, se deben radicalizar primero las ideas para radicalizar luego las acciones... crear focos de resistencia, compartir conocimientos, debatir y generar lazos entre compañeros y compañeras es indispensable. ¿Es una etapa que probablemente nunca superemos? Puede ser, pero por el camino vamos sembrando las semillas y creando comunidades, por más pequeñas que sean, basadas en los valores que compartimos y sin miedo a la contradicción.

En esta era de la deshumanización que estamos viviendo, que tú, lector o lectora, hayas llegado hasta aquí es un acto de rebeldía. Ya posees un conocimiento vital que puedes utilizar para transformar la realidad. Ya sabes como funciona la maquinaria del poder y de la opresión. Queda en vos cómo seguir. Este libro te grita que no lo abandones en la estantería, ¿le harás caso?